

La Ilustración Artística

Año XXIV

BARCELONA 10 DE JULIO DE 1905

Núm. 1.228



CAMINO DE LA FERIA, cuadro de Ulpiano Checa. (Salón de París. 1905.)

SUMARIO

Texto.— Crónica de teatros, por Zeda. — *En la brecha. Episodio nacional mexicano*, por la baronesa de Wilson. — *La crisis franco-alemana. — Experimentos del Doctor J. Butler Burke. — Promesas de reformas en Rusia. — Una escuela en un bosque. — Los sangrientos disturbios de Lodz. — Crónica de la guerra ruso-japonesa. — La escuadra inglesa en Barcelona. Entierro de dos marineros. — Estatua de Pedro Henleín. — Problema de ajedrez. — La Conquistadora*, novela ilustrada (continuación.) — *«La musa loca»*, comedia de los hermanos señores Álvarez Quintero.

Grabados.— *Camino de la feria*, cuadro de Ulpiano Checa. — Dibujo de Triadó que ilustra el artículo *En la brecha. Episodio nacional mexicano. — Los negociadores diplomáticos de la crisis franco-alemana. — Mr. J. Butler Burke. — La delegación del Congreso de los zemstvos en Moscú y de la municipalidad de San Petersburgo recibida por el tsar en Peterhof. — Una escuela en el bosque cerca de Charlottenburgo (Alemania) para niños enfermos*, dibujo de W. Russell Flint. — *La miseria judía en Lodz. Un alto en el camino del destierro. — Rendidos por la fatiga*, cuadros de L. Plichowski. — *Refugiados rusos procedentes de Puerto-Arthur en Shanghai. Niños jugando a las damas. — En la cubierta del barco. — Soldados jugando a los naipes. — Retrato de la bailarina española Guerrero*, pintado por F. A. de Kaulbach. — *Barcelona. Entierro de dos marineros de la escuadra inglesa. — Estatua de Pedro Henleín*, modelada por Max Weissner. — *Decoraciones de «La musa loca» — Juegos florales de Granada. — Salto de un caballo por encima de una mesa.*

CRÓNICA DE TEATROS

Nada se ve libre en Madrid de los efectos naturales de las imperiosas vacaciones del estío. Los espectáculos públicos no son excepciones de la regla general. Terminan las corridas de toros, que son substituidas por novilladas; suspende el circo sus *soirées* más ó menos *fashionables*; ciérranse los teatros grandes y muchos de los chicos, y solamente Apolo y alguno que otro teatrillo de tercer orden se disputan los favores del escaso público madrileño. A juzgar por el desarrollo que va tomando la afición al veraneo, no pasarán muchos estios sin que la villa y corte tenga que cerrar todos sus teatros durante los meses estivales.

Este año, á pesar de que el tiempo, en el momento en que escribo la presente crónica, es más propio de las tristezas del otoño que de los esplendores del verano, la emigración de la gente madrileña ha empezado con no poca violencia. Las estaciones de ferrocarril parecen ya, á la salida de los trenes, «la loca dispersión de una colmena»; los periódicos publican largas listas de nombres en la sección del veraneo; los pueblecillos cercanos á Madrid se llenan de gente forastera; la corte saldrá para San Sebastián un día de estos, y la gran masa de veraneantes que todavía permanece en la capital sólo piensa y se ocupa en los preparativos de marcha. El día de la Virgen del Carmen, la villa del Oso justificará, como en años anteriores, el dicho de no sé quién, que llamó á la capital de España el lugarón más grande de la Mancha.

Y ciertamente que de lugarón manchego parecen entonces las calles tortuosas y mal regadas del centro de la ciudad, los paseos polvorientos, las reuniones de comadres sentadas en las aceras, las bandadas de chiquillos que convierten en campo de sus juegos la vía pública. Las autoridades madrileñas, en ningún tiempo muy cuidadosas de la policía, higiene y buen orden de la población, apenas si dan durante el verano señales de su existencia. «Para la gente que queda aquí—se conoce que dicen,—todo está bien...»

Antes, por las noches, una gran parte del vecindario tenía, para librarse del calor y demás molestias que dejo enumeradas y disfrutar además de algún esparcimiento y recreo, los Jardines y teatro del Buen Retiro. Este año ha pasado por allí el hacha destructora de los ediles, talando los frondosos bosquecillos, los floridos setos, los gigantescos árboles, y convirtiendo aquel oasis que ofrecía á los madrileños verdor y frescura, en un solar amarillento que nadie sabe cuándo verá alzarse dentro de sus límites la proyectada casa de Correos. También ha desaparecido de allí el teatro, en que la gente poco adinerada, que solamente de referencia conoce la sala del Real, podía oír por unos cuantos céntimos las obras más famosas del repertorio lírico.

Al pasar por delante de la verja, aún en pie, que rodeaba los históricos jardines, no podemos menos, los que en ellos hemos disfrutado de hermosas noches de nuestra juventud, de dirigir una triste mirada á aquellos asolados lugares, evocando recuerdos de escenas y personas que el tiempo implacable ha hecho desaparecer...

Otro recurso con que contaba para su solaz el pueblo de Madrid era el salón del Prado, centro en

época ya remota de la gente elegante y distinguida. Aquel espacioso paraje plantado de grandes árboles y regado por menguado arroyo, vióse frecuentado durante mucho tiempo por damas y galanes, cuyos amores, costumbres y aventuras copiaron en sus comedias Lope, Tirso y Calderón. En tiempo de nuestros abuelos y convertido en salón, fué el Prado, como decían los revisteros, el punto de cita de la sociedad *com' il faut*. En su célebre comedia *A Madrid me vuelvo*, describía Bretón de los Herreros el aristocrático paseo en los términos siguientes:

«Cuánto mejor es el Prado!
Allí se lucen los trajes,
allí se arman las intrigas
y se disponen los bailes;
se corteja á las muchachas,
se hace burla de las madres,
se critica á los de atrás,
se pisa á los de delante.»

En los últimos años había venido muy á menos; pero todavía pasaban en él las primeras horas de las noches de verano muchas familias modestas que no podían permitirse el lujo de pagar la entrada de los Jardines. El verano último aún se veían allí numerosas tertulias que de cuando en cuando refrescaban su charla con el agua fresca de la fuente del Berro, que en enormes botijos ofrecían á los sedientos las vendedoras ambulantes, mientras enjambres de niñas jugaban al corro cantando el *Mamburí* y el *San Sereni del monte*. Hoy, el salón del Prado, por obra y gracia también de los concejales, se ha trocado en un jardín poblado de raquílicas palmeras y que con sus arriates y macizos dificulta el paseo é impide los juegos de los niños.

Para remediar las deficiencias ocasionadas por estas reformas, el nuevo alcalde ha dispuesto habilitar una parte del Parque de Madrid y dado orden de que varias bandas de música toquen por las noches en las plazas céntricas de los barrios populares de la capital.

Por lo que brevemente dejo dicho, comprenderá el discreto lector cuán agradable y divertido veraneo les espera á aquellos vecinos de la corte que por unas ú otras razones han de verse forzados á permanecer en la heroica villa durante las vacaciones que ahora comienzan.

Para los cómicos estas vacaciones son tan pavorosas como antes lo era la cuaresma. Hablo, es claro, de los cómicos de poco pelo, porque para las estrellas y grandes actores las excursiones veraniegas á provincia suelen ser verdaderas marchas triunfales en las que se juntan la honra y el provecho. Pero ¡ay de los pobres faranduleros descendientes de los antiguos cómicos de la legua! Para ellos la presente estación representa una larga serie de abstinencias, ayunos y quebrantos.

Da pena pasar á la caída de la tarde por la calle de Sevilla, centro de contratas artísticas y de formación de compañías. En las anchas aceras de la elegante y concurrida calle, formando nutridos corrillos, se ve de seguro á todos los cómicos que hay en Madrid «á disposición de las empresas.» Se les distingue fácilmente por lo afeitado de los rostros y lo movable del semblante: hablan y gesticulan con vehemencia refiriendo sus campañas y sus triunfos, en espera del caballo blanco, del empresario, por el cual suspiran como los judíos por el Mesías, y que rara vez pasa en estos tiempos de huelga forzosa por la calle de Sevilla.

A veces algunos de ellos, cansados de su inútil espera, se deciden á probar fortuna por su propia cuenta, y reuniendo lo que cada cual puede, que casi siempre es muy poco, para su empresa común, se lanzan á recorrer las capitales de provincia más modestas, casi siempre explotadas ya por otras compañías de más cartel y de mejor pelaje. Generalmente, estas odiseas terminan de un modo desastrado, y los que tal vez soñando con ruidosos aplausos y grandes ganancias se alejaron, envidiados por sus compañeros, de la calle de Sevilla, vuelven á ella al cabo de quince días tristes y macilentos, habiendo dejado empeñados sus ropas y oropeles de teatro para pago de sus modestos pupilajes.

Los de menos pretensiones ó más necesitados se lanzan como los cómicos de la legua de otro tiempo á recorrer las villas y lugares inmediatos á Madrid. Por lo común vuelven á pie, después de recibir no pocas repulsas, burlas y malos tratos de los públicos de Villamelón y Aldeabrutanda.

En un lugar, de cuyo nombre tampoco yo quiero acordarme, vi no ha mucho tiempo una función dramática representada por una compañía de cómicos trashumantes. Para teatro se había habilitado el patio de una panadería: en la parte correspondiente á la boca del horno se alzaba un tablado poco más pequeño que una mesa de billar. Formaban el deco-

rado tres colchas, una en el fondo y dos laterales. Una lámpara de petróleo colgada del techo del escenario hallábase en constante peligro de venir al suelo á causa del furioso manoteo de los artistas. Al andar éstos, las tablas del escenario crujían de un modo alarmante.

Y ¡qué compañía, cielo santo! El primer actor estaba afónico, la primera dama apenas tenía nariz, pero en cambio lucía un hermoso ojo de cristal. La dama joven, como si dijéramos la ingenua, casada con el apuntador, se hallaba en estado interesante. Por fortuna para aquellos desdichados, el teatro ó sea el patio de la panadería rebotaba de concurrencia que no me atrevo á calificar de distinguida. Cada espectador se había llevado su silla, y previo el pago de veinte céntimos entregados á la primera dama, que ya vestida con traje de teatro y embadurnado el rostro de sorprendente colorete cobraba á la puerta del coliseo, se instaló donde le vino en gana. Un aroma que no era de nardos y jazmines se mezclaba deliciosamente con el humo de los cigarrillos y el tufo de los quinqués de petróleo.

Y empezó el espectáculo.
Rompía plaza un drama ó cosa así titulado, si no recuerdo mal, *¡Pobre madre!* ¡Válgame Dios y lo que sufría aquella señora, la del ojo de cristal! Tenía esta desventurada un hijo que era un modelo de jóvenes, modosito, trabajador, respetuoso con sus papás..., una alhaja. Esta alhaja estaba interpretada por la ingenua, vestida de hombre. Su madre, á costa de privaciones, había reunido unos cuantos miles de reales, cantidad precisa para salvar al gallardo mozo del servicio militar. Pero la pobre madre tenía un marido que era un sinvergüenza, un mal hombre, que después de haber arruinado á su familia, se jugaba hasta las pestañas. La señora, con muy buen acuerdo, había escondido su dinero para librarlo de las garras del jugador. Pero éste, que tenía el feo vicio de escuchar tras de las puertas, pudo enterarse del sitio en que su señora guardaba las pesetas, y claro, en cuanto el hombre se vió libre de la presencia de su esposa y de su hijo, fué al escondite, cogió los cuartos y escapó con ellos para jugarlos en el casino. Considere ahora el discreto lector los gritos de la madre al enterarse de que le habían robado su tesoro. La pobre cogía el cielo con las manos, y como de él pendía la referida lámpara, acertó á darle tal trastazo, que durante algunos minutos tomó ésta un furioso movimiento de péndulo, que haciendo estallar la risa en el público, debilitó bastante el efecto de tan dramática situación.

La presencia del padre en escena y su mirada torva nos hicieron comprender á todos que el dinero había volado. Con tan infausto motivo padre, madre é hijo se enredaron en una serie de recriminaciones y apóstrofes, todo ello envuelto en relampagueantes redondillas que no había más que pedir. Por fin el jugador, desesperado y lleno de remordimientos, saca una pistola, se la aplica á la frente, tira del gatillo... y nada, vuelve á tirar y el mismo resultado... Tercera tentativa de disparo y el tiro sin salir. Pero como la muerte se imponía, el suicida se dejó caer como herido de un rayo, la madre perdió el sentido, el hijo se hincó de rodillas ante ella, y el público celebró el espectáculo con risotadas y silbidos.

Dos minutos después de caer el telón, sonó detrás de él un tremendo disparo: era el tiro de la pistola, que como se ve se había retrasado algo.

Hablando conmigo la primera dama, herida, y con razón, por la actitud del público, me decía:

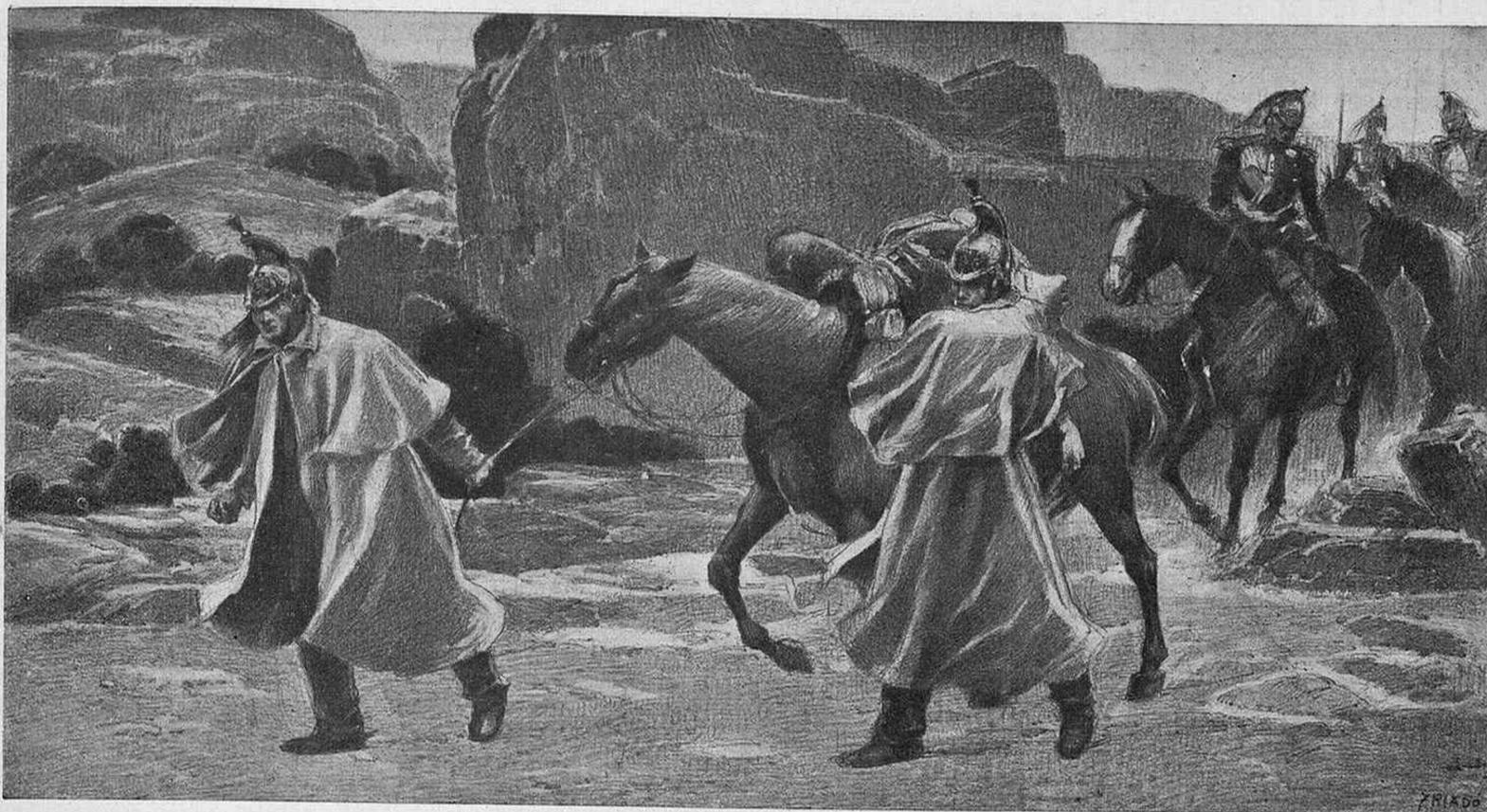
—¡Si querrá esta gente ver á la Guerrero por veinte céntimos!

Al otro día de esta noche memorable, incómodamente instalados en un carro rechinante que hacía pensar en el de *las Cortes de la Muerte*, los cómicos, con armas y bagajes, se alejaron lentamente del pueblo, envueltos como en una nube por el polvo de la carretera. Apaciguados los resquemores del amor propio marchaban contentos: ¡habían comido con relativa abundancia durante tres días y se llevaban de ganancia doscientos reales!

Menos mal que estos cómicos del género dramático lo pasan los del género chico. Ahora que en Madrid van las obrillas del teatro por horas de capa caída, en los pueblos, villas y lugares de España tienen las tales obras entusiastas admiradores.

La compañía cuyos triunfos dejo narrados más arriba, desdeñando el puñal ó pistola de Melpómene, se dedica ahora, según noticias que tengo por exactas, á deleitar á los lugareños de la provincia de Madrid con el tango del *Morrongo* y la habanera del *Pompón*.

Con razón aseguran los filósofos de la calle de Sevilla que el arte escénico está en lastimosa decadencia.



Todos volvieron grupas con dirección á Guadalajara conduciendo el cadáver de Alejandro

EN LA BRECHA

EPISODIO NACIONAL MEXICANO

Corrían los años luctuosos de la intervención francesa y del imperio. El sol ardentísimo tropical iluminaba la sangrienta, pero heroica epopeya; las batallas, la lucha de un pueblo de atletas rechazando el dominio extranjero y la invasión; la contienda de un principio joven, vigoroso y fuerte, contra el espíritu de conquista y de ambiciones bastardas.

Allí, en aquellos frescos valles, en el corazón de la serranía altísima, medían sus fuerzas el viejo mundo y la joven América; allí no desmayaban los combatientes; allí en las llanuras, al pie de la cordillera, veta fecunda que pródiga convida al oro y la plata, se sucedían las proezas; brotaban los guerreros, estimulados por el cívico tesón y el ejemplo del inmortal Juárez, que con perseverancia y firme denuedo sostenía la combatida nave del Estado y los principios liberales, secundado por la bizarría de los generales Zaragoza, Porfirio Díaz, Alvarez, Corona y otros bravos que sellaron con su sangre el pacto de la libertad.

Legendaria y hasta fantástica es aquella época, durante la cual el Universo contemplaba con pasmo la actitud de los patriotas mexicanos, que con brioso esfuerzo defendían su independencia y su patrio suelo.

Por todos los ámbitos de la República cundía la chispa de rebelión, y el espíritu nacional, preparado para un levantamiento general, se reconcentraba en una idea única, y lo mismo en los campos que en las aldeas, en las casuchas del indio ó en los palacios, latían unísonos los corazones ardiendo en deseos de lanzarse á la pelea.

¡Qué radiante y qué hermoso cuadro! ¡Qué manantial de episodios de abnegaciones ignoradas! ¡Cuántas individualidades sucumbían sacrificando en aras de la patria familia, fortuna y porvenir, porque uno era solamente el pensamiento, una sola era la ambición!

Y téngase en cuenta que no fué más favorable entonces la situación de México que la de España en 1808, pues ambos pueblos carecían de grandes elementos para la defensa y estaban bajo el dominio de un numeroso ejército invasor.

Cuarenta mil bayonetas francesas sostenían en aquella hermosa región americana el imperio establecido por la intervención, y con ellas tenían que luchar un gobierno intrépido, sí, pero que no contaba sino con su incontrastable fuerza de voluntad y con el apoyo de la mayoría del país.

Fué una verdadera odisea la vida de aquellos hombres, pues que desde 1862 hasta 1867 se vieron errantes, perseguidos y á veces en situación comprometidísima, sin perder su valor moral, la previsión y el aplomo indispensables para soportar las decepciones muchas, la pobreza general y las penalidades renovadas día por día.

La guerra tuvo sus alternativas lógicas, favorables unas para los imperialistas y ventajosas otras para los mantenedores de la patria libertad. No pocas veces la estratagema y la audacia protegieron á los mexicanos en tan desigual combate, y esto á pesar de que todos los Estados brindaron su contingente para auxiliar la enérgica actitud y el sublime patriotismo de su gobierno

Para formar núcleos militares contra los imperialistas establecieron zonas que apoyasen el levantamiento popular, y el coronel Angulo fué designado como jefe de la de Jalisco, cuando ya el intrépido Trinidad Rodríguez había preparado en Cocula el buen éxito de la sublevación.

El coronel Rodríguez era uno de esos patriotas que albergaba brillantes cualidades, descollando por su valor probado en las batallas, por la energía de su carácter y por la decisión con que servía á la causa nacional.

Leal y caballeresco, odiaba por principios y por deber á los imperialistas, y había trabajado sin descanso en Cocula para atraer á sus planes el corto número de soldados que formaban la guarnición.

Puesto de acuerdo con el coronel Angulo, pensaba llevar á cabo su propósito, efectuando el movimiento que debía extenderse por todo el Estado de Jalisco.

El cómo fracasó vamos á referirlo.

El sol en su ocaso reverberaba en las ondas del río y en los cristales de los arroyos, formando á la vez áurea diadema sobre los cerros escarpados que coronan y encierran las praderas y los valles en la municipalidad de Cocula. El atardecer era hermosísimo, tibio, perfumado y de una placidez que convidaba, no á la guerra y al exterminio, sino al sosiego del espíritu y á las dulzuras patriarcales.

Por un sendero alfombrado con verde y fresca hierba adelantaban hacia la cercana ciudad dos oficiales con el vestido imperialista.

Parecían agitados y cruzaban palabras en voz baja y en lengua francesa, como temerosos de ser escuchados.

—¿De modo, interrogó el más joven, que la respuesta ha sido decisiva?

—Sí; la orden es perentoria, no sólo para prenderlos, sino para fusilarlos mañana temprano. Ahora mismo he transmitido el mandato de prisión; pronto sabré si está cumplido.

—Angulo sospechó de nosotros, no me cabe duda, dijo el oficial á su compañero. La milicia tiene á veces que cumplir tristes deberes: el coronel Angulo es hombre práctico y de acción, y en esta zona militar nos hubiera dado *du fil à retordre*; un enemigo menos y no despreciable.

—Tal vez es más temible Rodríguez; goza de prestigio y abriga una temeridad que nada puede vencer.

—Tienes razón, Alejandro; pero allí veo al sargento; él me dará la noticia de que los pájaros están ya en la jaula.

Un soldado salía de Cocula dirigiéndose hacia el

capitán y el alférez. Al llegar se cuadró militarmente y dijo:

—Mi capitán, el coronel Rodríguez está preso.

—¿Y el coronel Angulo?

—No se le ha encontrado.

—¿Cómo? Estoy seguro que al mandar el parte á Guadalajara se hallaba en Cocula.

—Lo que te he dicho, Alejandro; nuestra entrevista con él le puso en guardia; presintió que habíamos descubierto su plan y huyó.

Aquella apreciación era exacta.

—¿Y el coronel Rodríguez opuso resistencia?

—Ninguna; pero partía el alma ver á su mujer y á sus hijos; lo abrazaban de tal suerte, que hubimos de emplear la fuerza para separarlos.

—Basta: él pagará por los dos.

Y sin añadir una palabra siguieron adelante y se internaron por las calles de la ciudad.

En inmundo y lóbrego calabozo, custodiado por centinelas de vista y encadenado como un criminal, encontrábase el valeroso patriota absorto en sus amargos pensamientos y en el recuerdo de la mujer adorada y de los pequeñuelos, encanto de su modesto hogar.

Rodríguez no se sobrecogía por la idea de la muerte, no; era hombre sereno y en su corazón no hallaba cabida el temor; pero convencido de su próximo fin, se abismaba, dando un adiós postrero á la patria y á la familia.

De improviso sintió abrirse cautelosamente la puerta de su calabozo y que alguien se acercaba adonde estaba tendido.

—Mi coronel, murmuró una voz muy conocida, lo han sentenciado á muerte.

—Lo adivinaba. ¿Cuándo será?

—Pasado mañana; pero contando con otros compañeros, hemos encontrado el modo de salvar su vida.

—¿Quién sabe si te engañan! ¡Quién sabe si están vendidos á los enemigos!.. ¿El coronel Angulo está preso?, añadió.

—No, señor; se ha escondido; pero, mi coronel, ahora lo que interesa es que esta noche lo salvemos; la guarnición estaba ya por nosotros y los mismos soldados...

—Sea lo que Dios quiera; ¿á qué hora daréis el golpe?

—Al hacerse el relevo, porque éste no sería de los nuestros; á las doce de esta noche, y ahora me voy, mi coronel.

—Bien; gracias por tu fidelidad.

El preso, al quedarse solo, sintió la duda, la ansiedad, la incertidumbre.

El tiempo pasó rápidamente, y al sonar la primera campanada de las doce, Rodríguez oyó un silbido, poco después el rumor de los soldados que llegaban y entonces un tiro, al que siguió un tumulto espantoso: gritos de muerte, imprecaciones, disparos, y por último, vió que la puerta del calabozo se abría con violencia; dos hombres, dos soldados, lo levantaron



El príncipe de Bülow,
canciller del Imperio alemán.

M. Rouvier, presidente del Consejo de Ministros
y Ministro de Negocios Extranjeros de Francia.

El príncipe Radolín,
embajador de Alemania en Francia.

M. Bihourd,
embajador de Francia en Alemania.

LA CRISIS FRANCO-ALEMANA POR LA CUESTIÓN DE MARRUECOS. — LOS NEGOCIADORES DIPLOMÁTICOS.

en hombros y lo condujeron fuera de la prisión. Una vez al aire libre y no sin gran trabajo limaron una argolla de las cadenas, y Rodríguez, al frente de sus leales, dispersó y persiguió á los que intentaban oponerse á su fuga.

Dos horas después hallábase el coronel en una casa de planta baja, enlazado en los amorosos brazos de sus hijos y de su esposa, que era alma de su alma y luz de su existencia.

El leal soldado que le había salvado la vida ensillaba un brioso caballo para su fuga, cuando se oyó á lo lejos un tropel, un rumor de jinetes que se acercaban.

—Mi coronel, los imperialistas; apenas quedará tiempo para escapar: pronto, sávese.

—Monta á caballo, sálvate, dijo la angustiada esposa.

Rodríguez saltó en la silla, picó espuelas y salió al galope tendido en el momento en que los enemigos aparecían por el extremo opuesto de la calle.

—¡Que no se escape!, gritaba el capitán Alejandro; ¡fuego!

Los primeros tiros rozaron la cabeza del coronel. A escape siguió por la población hasta salir al campo, gracias á los bríos y al instinto de su caballo.

—¡Cogerle muerto ó vivo! ¡Cercarlo!..
Y la voz de mando sobresalía entre el ruido de la fusilería.

El peligro aumentaba: Rodríguez hizo un disparo y vió caer al capitán enemigo. Sin rumbo fijo corrió en busca de salvación; de súbito detúvose el caballo y relinchó.

—¡A él! ¡A él!, gritaron; no puede escaparse, ya es nuestro. ¡Viva el emperador!

—¡Viva la República!, respondió el bizarro coronel; la muerte no me arredra; pero entregarme, jamás.

Sin embargo, comprendió que estaba á merced de sus perseguidores. Un hondo precipicio le cortaba el paso.

Rápido como el pensamiento soltó los estribos, y dando un salto, se perdió en las profundidades del abismo.

Los imperialistas se acercaron y el alferez dijo con frialdad:

—Mañana le hubiéramos fusilado: para nosotros es lo mismo. Tomen el caballo y marchemos.

Todos volvieron grupas con dirección á Guadalajara conduciendo el cadáver de Alejandro: el tiro de Rodríguez le había atravesado el corazón.

A la misma hora en que se daba cuenta del suceso y se consideraba muerto al esforzado patriota, hallábase éste en Cocula sano y salvo concertando los medios para no caer de nuevo entre las garras de sus enemigos.

¡El tronco de un árbol desgajado había sido su puente de salvación!

(Dibujo de Triadó.) BARONESA DE WILSON.

LA CRISIS FRANCO-ALEMANA

El conflicto que á propósito de la cuestión de Marruecos surgió hace poco entre Francia y Alemania y que por un momento pudo creerse que sería causa de una guerra entre ambas naciones, parece resuelto, en principio, pacíficamente. El primer paso para esta inteligencia fué la dimisión (entiéndase destitución) del ministro de Negocios Extranjeros en Francia M. Delcassé, condición previa y *sine qua non* impuesta por Alemania para establecer negociaciones que evitaran el *casus belli*, para el que estaba dispuesto el gobierno alemán.

Después, el cambio de notas y sobre todo las conferencias entre el canciller alemán, príncipe de Bülow, y M. Bihourd, em-

bajador de Francia en Berlín, y entre M. Rouvier, presidente del Consejo de Ministros y ministro de Negocios Extranjeros francés, y el príncipe Radolín, embajador de Alemania en París, han encauzado la cuestión por las vías pacíficas, y hoy casi puede decirse afortunadamente que ha desaparecido todo temor de una contienda armada, que fácilmente habría podido convertirse en terrible conflagración europea.

Aceptó Francia, á poco de comenzadas las negociaciones, la conferencia propuesta por Alemania, pero pretendiendo que antes se llegase á una inteligencia entre ambas potencias sobre los puntos que en aquella deberían tratarse. El gabinete de Berlín rechazó esta pretensión, manifestando que no quería en modo alguno aparentar que se imponía previamente un criterio á las naciones que en dicha conferencia tomaran parte, tanto más cuanto que quien la convocaba era el sultán en uso de su absoluta soberanía. Esto es lo que consta en las notas; pero en estas negociaciones, más importantes que las notas escritas son las palabras cambiadas en las conferencias, y estas palabras, casi podríamos decir promesas, contienen para Francia la seguridad de que la misma Alemania reconocerá los derechos en cierto modo preferentes que á intervenir en los asuntos interiores de Marruecos le da su situación privilegiada como potencia fronteriza (por Argelia) del Imperio.



MR. J. BUTLER BURKE, autor de los experimentos efectuados en el laboratorio de Cavendish, de Cambridge, que mediante la aplicación del radium producen aparentemente seres vivos en caldo esterilizado.

EXPERIMENTOS DEL DR. J. BUTLER BURKE

El radium, que tantas sorpresas nos ha proporcionado, ¿nos tiene por ventura reservada otra mayor y más inesperada que todas las demás? Así podríamos creerlo si tomásemos al pie de la letra las revelaciones que nos llegan de Cambridge y cuyo simple enunciado basta para producir gran conmoción en el mundo de los sabios.

Un joven naturalista inglés, Mr. J. Butler Burke, agregado al laboratorio Cavendish, ha descubierto, según parece, el medio de realizar á voluntad, gracias al radium, el misterioso fenómeno de la generación espontánea, cuya inexistencia y hasta imposibilidad pretendía haber demostrado definitivamente Pasteur en su famosa discusión con Pochet.

Sabido es que en un caldo de cultivo previamente esterilizado y puesto al abrigo del aire no puede producirse ninguna fermentación, ninguna aparición de seres vivos. En efecto, la vida sólo de la vida se engendra, y en un medio rigurosamente expurgado de todos los gérmenes preexistentes, no es posible que aparezca la vida, ni aun en su forma más rudimentaria. Tal es la doctrina clásica universalmente admitida hasta ahora.

Pues bien, Mr. J. Butler Burke afirma haber demostrado todo lo contrario por medio del siguiente experimento: ha puesto en una probeta en contacto gelatina esterilizada con un fragmento de radium, y bajo la influencia de éste ha visto aparecer á los tres ó cuatro días unas vegetaciones insólitas con todo el aspecto y todos los caracteres de células vivas, aptas para la proliferación y que se reproducen ni más ni menos que bacterias, creciendo, desarrollándose y subdividiéndose espontáneamente poco á poco en varios fragmentos, que son otras

tantas células semejantes á la célula madre é igualmente capaces de engendrar otras de la misma manera. Estos hechos constituyen evidentemente los rasgos característicos de la materia viviente.

Si este descubrimiento sensacional se confirmara, formaría época en la historia de las ciencias, pues de ello resultaría que el radium es el factor por excelencia de la vida, y que la vida no es sino una modalidad de lo que se llama radioactividad.

PROMESAS DE REFORMAS EN RUSIA

El día 20 de junio último, el tsar Nicolás II recibió en audiencia privada en el palacio de Alejandría, en Peterhof, á la diputación del congreso de los zemstvos reunido en Moscou y á los delegados de la municipalidad de San Petersburgo, que se habían unido á ellos.

Mucho se había discutido de antemano acerca de las condiciones en que el emperador recibiría á los delegados: la carta concediendo la audiencia decía que ésta tendría «carácter privado», y así se consignaba también en la nota oficial en que se daba cuenta de la misma; pero privada ó no privada, el hecho es que Nicolás II ha recibido á una diputación de su pueblo, y esto es lo que da á la audiencia la importancia que tiene en realidad.

Apenas introducidos los delegados en el salón en donde debía celebrarse esta entrevista decisiva, presentóse el tsar que, sin decir palabra, esperó á que hablase el portavoz de la delegación. El conde Troubetzkoi leyó el mensaje que en términos muy enérgicos habían redactado los mandatarios, y terminada esta lectura, M. Fedorof habló en nombre de la ciudad de San Petersburgo. La contestación del emperador puede sintetizarse en las siguientes frases: «Disipad vuestras dudas; mi voluntad es voluntad soberana é inquebrantable y la admisión de los elegidos en los trabajos del Estado se llevará á cabo de una manera regular. A esta obra consagro todos los días mis cuidados. Podéis anunciarlo así á todos los vuestros, lo mismo á los del campo que á los de las ciudades.»

Al día siguiente, cumpliendo los deseos de Nicolás II, los representantes de la ciudad de San Petersburgo daban cuenta al Consejo Municipal del resultado de la audiencia de Peterhof. M. Nikitine, después de haber referido todos los detalles de la misma, pronunció, entre los aplausos unánimes de la asamblea, las impresiones de los tres delegados de la municipalidad y sus esperanzas, que son las del pueblo ruso, en los siguientes términos:

«Confiamos en las promesas del tsar. La asamblea será convocada de un modo normal; no habrá desheredados; el tsar vela, y él nos protegerá contra los atentados á la libertad de conciencia, de imprenta, de la palabra, de las personas y del domicilio. Estamos en vísperas de una gran reforma, que estoy seguro se realizará, como todas las grandes reformas de Rusia, sin cataclismos, y de la cual saldrá Rusia renovada.»

UNA ESCUELA EN UN BOSQUE

Las naciones que consideran como uno de los problemas más vitales el de la educación é instrucción de los niños y á él consagran sus principales esfuerzos y cuantiosas partidas de su presupuesto, no cesan en su afán de introducir en los sistemas pedagógicos todas las reformas que la ciencia y el buen sentido aconsejan. Y estas naciones no se preocupan solamente del cultivo de las inteligencias infantiles, sino que además dedican preferente atención á la salud y al desarrollo del cuerpo, y no contentas con ajustar sus procedimientos de enseñanza y las condiciones materiales de los edificios destinados á escuelas á los más rigurosos preceptos de la higiene, aportan cada día novedades á los métodos educativos.

Entre las más notables innovaciones merece citarse la escuela al aire libre que las autoridades de Berlín han creado para los niños delicados de los barrios pobres de aquella capital y de Charlottenburgo. En un espacioso bosque reciben su instrucción 150 niños de ambos sexos, estudiando las varias materias que la enseñanza comprende, pero más que todo la naturaleza.

Contemplando el grabado que en la siguiente página reproducimos, nadie diría que se trata de una escuela; más bien parece un día de asueto concedido á unos escolares. Y sin embargo, ¡cuánta mejor instrucción que en las escuelas urbanas recibirán en aquel medio los niños de complejión delicada, que al vigorizar sus cuerpos en el contacto directo con la naturaleza, sentirán á la par despertarse y fortalecerse sus energías intelectuales!

N.-N. Zwow, F.-I. Roditcher, Conde de Zwow, F.-A. Golovine, Kovalersky, Conde Dolgorovkoo, Conde Troubetzkoï, de Moscou, Nowmssiltzet, Conde Chakowsky,
de Satarof de Tver. pte. de zemstvo de Toula. pte. de zemstvo de Moscou. de Kharkof. de Roussk. que habló en nombre de los delegados. de Temnikowsk. de Yaroslav.



Barón P.-Z. Korf, de San Petersburgo. Conde P.-A. Heyden, de Psvoff, presidente de la delegación de zemstvos. I.-J. Petrounekvitch, de Tver. M.-P. Eederof, de San Petersburgo. A.-N. Nikitine, de San Petersburgo.

PROMESAS DE REFORMAS EN RUSIA. — LA DELEGACIÓN DEL CONGRESO DE LOS ZEMSTVOS DE MOSCOU Y DE LA MUNICIPALIDAD DE SAN PETERSBURGO QUE HA SIDO RECIBIDA POR EL TSAR EN PETERHOF EL DÍA 20 DE JUNIO ÚLTIMO. (De fotografía de Moniouchko.)

Alumnos guisándose la comida en el bosque



UNA ESCUELA EN EL BOSQUE CERCA DE CHARLOTTENBURGO (ALEMANIA) PARA NIÑOS ENFERMOS. — LECCIÓN DE CANTO. (Dibujo de W. Russell Flint, tomado de una fotografía.)



La miseria judía en Lodz.—Un alto en el camino del destierro, cuadro de Leopoldo Plichowski

LOS SANGRIENTOS DISTURBIOS DE LODZ

Hasta hace poco, á buen seguro que eran contadas las personas que tenían noticia de la existencia de Lodz, y más les hubiera valido á los habitantes de esta población polaca que tal ignorancia perdurase, porque ello habría sido prueba de que nada grave había ocurrido en ella; y aunque su situación normal no es para las clases menesterosas de las más envidiables, según veremos, los sucesos que allí se han desarrollado últimamente y que han dado notoriedad al nombre de Lodz son de los que constituyen una página tristísima en los anales de una ciudad.

A principios del siglo XIX, una colonia alemana se estableció en el lugar en donde hoy está Lodz, á orillas del Ludka, fundando allí una fábrica de tejidos de algodón. La administración rusa acogió muy bien á esos colonos, esperando encontrar en ellos y en los que seguramente no tardarían en juntárseles una especie de núcleo antipolaco, y colmó de favores á los inmigrantes.

Lodz prosperó rápidamente, y á ella acudieron nuevos alemanes y muchos israelitas á quienes en Rusia les estaba prohibido la posesión del suelo y hasta los trabajos de la tierra y á quienes, por consiguiente, atrajo la nueva ciudad, que les ofrecía las ventajas y los derechos que fuera de ella se les negaban.

A las industrias de algodón se agregaron muy pronto otras, y hoy Lodz es una poderosa urbe industrial habitada por 400.000 almas. Pero el obrero hállase en ella en una situación tristísima, á causa de la abundancia de la mano de obra. Cuando comenzó en Rusia la persecución antisemita, los patronos cristianos no quisieron emplear en sus fábricas á los trabajadores judíos, que también se vieron rechazados por los patronos israelitas, y los industriales que consintieron en utilizar sus servicios se aprovecharon de su condición de gentes puestas fuera de la ley para ofrecerles salarios irrisorios; así el jornal medio de un obrero en Lodz no pasa de 60 kopeques, ó sea 1'60 francos aproximadamente. Y de esta rebaja de jornales fueron asimismo víctimas los trabajadores no israelitas, pues por lo que los judíos cobraban se estableció el precio medio de la mano de obra.

Pereciendo en la más espantosa miseria y perseguidos, por otra parte, por las autoridades á causa de su religión, los judíos de Lodz procuraron abandonar aquel infierno, emigrando en gran número á América, gracias á los recursos que para ello les facilitó el «sionismo.»

A todo esto, el socialismo comenzó á extender

por allí su propaganda y á agitar á los obreros que aun no siendo israelitas se veían tan maltratados como éstos, y aquella agitación, creciendo incesantemente, ha dado origen á los sangrientos sucesos que en los últimos días del pasado junio han ensangrentado las calles de aquella ciudad. El día 18 ocurrió la primera colisión: unas 2.000 personas organizaron una manifestación en la que figuraban varias banderas rojas; un destacamento de cosacos quiso atajar el paso á los manifestantes, y éstos hicieron fuego sobre aquellos soldados, que contestaron dando una carga de la que resultaron dos muertos y treinta y seis heridos. En la mañana del 19 se reprodujeron

justicia llaman la atención del público y de la crítica, es hijo de un humilde agricultor de las cercanías de Lodz, conoció en su infancia todas las miserias y todos los dolores de los pobres, y á fuerza de energía y de perseverancia consiguió hacer sus estudios artísticos, primero en Munich y después en la capital de Francia.

Hoy, maestro en su arte, consagra su talento á reproducir las escenas de la vida judía en Lodz y en la región, que es su país natal, siendo sus modelos favoritos sus desgraciados correligionarios; no hay que decir, por consiguiente, si habrá puesto toda su alma en las obras que salen de su pincel, y gracias á las cuales se conocen admirablemente los tipos y los sufrimientos de esos infelices israelitas que durante unos días han sido fusilados en masa en las calles de la gran ciudad polaca.—S.

CRÓNICA DE LA GUERRA

RUSO-JAPONESA

Al final de nuestra última crónica hablábamos incidentalmente de la insubordinación de los tripulantes del acorazado *Príncipe Potemkine* y decíamos que los rebeldes al fin se habían visto obligados á rendirse. Noticias posteriores han desmentido lo de la rendición; por esto y por tratarse de un hecho de mucha mayor gravedad de la que en un principio se creía, nos parece interesante dar algunos detalles sobre lo ocurrido.

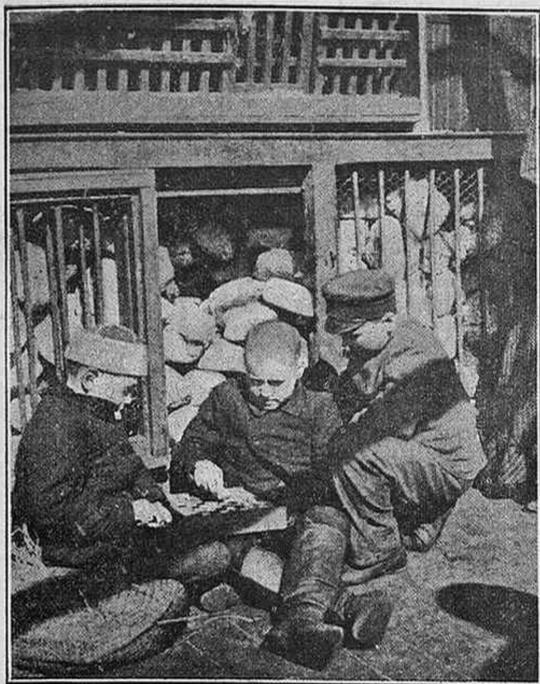
Habiéndose quejado algunos marineros del mencionado buque de la mala calidad de los alimentos, el comandante hizo formar á la tripulación en el puente y exhortó á los que no tuviesen queja á que saliesen de las filas. Así lo hicieron la mayoría de los tripulantes; pero entonces la minoría cogió las armas y se apoderó de los cañones, asesinando á varios oficiales y marineros, izando en el buque la bandera roja y disparando algunas bombas sobre la ciudad de Odessa, en donde el partido revolucionario no tardó en hacer causa común con los insurrectos. El día 30 llegó á aquel puerto la escuadra del almirante Krieger, compuesta de los tres acorazados *Georgi Pobiedonotzeff*, *Doce Apóstoles* y *Tres Santos* y de los cruceros *Kazarsky*, *Rotislav* y *Sinope*, y cambió señales con el *Potemkine* invitándole á seguirle á Sebastopol, á lo que se negó el barco sublevado. Poco después se apartaba de la escuadra el *Pobiedonotzeff*, cuya tripulación también se había insubordinado, y después de haber desembarcado á todos sus oficiales, excepto el comandante, que se había suicidado al ver que sus marineros se sublevaban, fué á anclar al lado del *Potemkine*.



La miseria judía en Lodz.—Rendidos por la fatiga, cuadro de L. Plichowski

los disturbios en el arrabal manufacturero de Baluty, cuyas comunicaciones con Lodz fueron interceptadas por las tropas. La sedición tomó caracteres más graves el día 20, en que hubo un choque terrible entre 70.000 manifestantes y la policía y la tropa. Levantáronse barricadas, trabáronse en las calles verdaderos combates encarnizados y durante muchos días la ciudad fué teatro de escenas horribles y de espantosas matanzas.

Los dos cuadros que en esta página reproducimos, tienen ahora interés de actualidad, pues si bien no se refieren directamente á los acontecimientos que acabamos de relatar, se relacionan mucho con ellos, ya que reproducen algunos incidentes de la vida miserable de los judíos en Lodz. El autor de estos lienzos, Leopoldo Plichowski, residente en París, en cuyos Salones expone todos los años obras que con



Niños jugando á las damas.



En la cubierta del barco.



Soldados jugando á los naipes.

GUERRA RUSO-JAPONESA. -- REFUGIADOS RUSOS PROCEDENTES DE PUERTO-ARTHUR EN SANGHAI, EN EL BARCO QUE HA DE CONDUCIRLOS Á EUROPA

El almirante Krieger, temiendo quizás que la insurrección se propagara á los demás buques de su escuadra, regresó á Sebastopol. Los dos acorazados rebeldes no consiguieron, al parecer, ponerse de acuerdo sobre lo que procedía hacer. El 2 de julio, el *Potemkine* envió un emisario á tierra para pedir víveres y otros objetos que necesitaba, y se apoderó de un barco carbonero que llevaba 2.000 toneladas de carbón, después de lo cual se hizo á la mar acompañado del torpedero n.º 267, que se le había unido desde el principio de la insurrección. Desde Odessa se dirigieron á las costas de Rumanía, y después de haber hecho una corta escala en Sulina, echaron anclas fuera del puerto de Constanza y destacaron una embarcación que fué á pedir provisiones á las autoridades rumanas. El prefecto de Constanza permitió que desembarcase una comisión para comprar víveres, y poco después otra comisión de los rebeldes bajaba á tierra para negociar con las autoridades la sumisión de los tripulantes del *Potemkine*, á condición de que no habían de ser entregados á Rusia.

El gobierno rumano, en el entretanto, había enviado al capitán del puerto de Constanza la orden de no facilitar carbón ni víveres al *Potemkine* y de comunicar á los marinos rusos que serían tratados como desertores; pero que si desembarcaban completamente desarmados y entregaban intactos el acorazado y el torpedero, quedarían libres. Los insurrectos se negaron á abandonar los buques é insistieron en que se les facilitasen provisiones; y habiéndose negado rotundamente á ello el capitán del puerto, el torpedero ruso trató de penetrar en el puerto de Constanza. Entonces el crucero rumano *Elisabetha* disparó algunos cañonazos contra aquél, aunque sin que ninguno de sus proyectiles le alcanzara; en vista de ello, los rusos decidieron retirarse, é hicieron rumbo al Norte, es decir, hacia las aguas rusas. Posteriormente se ha sabido que han aparecido en aguas de Crimea y que cerca de Theodocia atacaron al *Gran duque Alexis*, vapor mercante de la Compañía de Comercio y Navegación, apoderándose de todo su cargamento de ganado y víveres y además de una cantidad en metálico.

Antes de salir de Constanza, los insurrectos enviaron al prefecto de la ciudad, suplicándole que la distribuyera entre el cuerpo diplomático, una proclama en la cual declaran la guerra á todos los buques rusos que no se insurreccionen y anuncian que respetarán los territorios neutrales y los buques de guerra y mercantes extranjeros, pero que bombardearán los puertos rusos.

Coincidiendo con la presencia del *Príncipe Potemkine* en Odessa, estallaron en la ciudad varios graves motines. En el barrio del puerto, la multitud se entregó á excesos de toda clase, saqueando almacenes, arrojando mercancías al mar y rompiendo toneles de alcohol. Al cerrar la noche, estallaron varios incendios que no pudieron ser extinguidos, pues los amotinados no dejaron acercarse á los bomberos, y además atacaron en varias ocasiones á las tropas y á la policía, siendo siempre rechazados con pérdida de varios muertos y heridos.

Mientras el *Príncipe Potemkine* se dirigía á Constanza, capitulaba en Odessa la tripulación del *Geor-*

gi Pobiedonotzeff, pidiendo al tsar que la perdonase en atención á que el buque no había sufrido ningún daño.

La intervención del partido revolucionario en tan lamentables sucesos es evidente, tanto más cuanto que éstos han coincidido con la agitación, por aquél promovida, que se ha observado en varias ciudades con motivo de la movilización de varias fuerzas y del llamamiento de los reservistas. En Bielostok, un batallón de reservistas de unos mil hombres se negó á probar la comida que se les servía; en Kiew, por haber circulado el rumor de que los judíos habían abandonado la ciudad para substraerse á la movilización, estallaron graves desórdenes y hubo casas saqueadas y quemadas y lucha en las calles; en Kherson, durante unos ejercicios, varios soldados de un batallón disciplinario se arrojaron sobre un capitán, hiriéndole, y habiendo acudido en auxilio de éste el coronel Daridoff, sable en mano, recibió cinco bayonetazos, á pesar de lo cual logró desarmar á los amotinados, condujo el batallón al cuartel y cayó muerto después de haber redactado el parte dando al tsar cuenta de lo ocurrido.

Si á esto se agregan las huelgas de Polonia y del puerto de Cronstadt y los desórdenes de más ó menos importancia que á cada momento surgen en distintos puntos del imperio ruso, se verá que la situación de Rusia es sumamente crítica y se comprenderá que sean muchos los que allí desean la paz. Las negociaciones preliminares para ésta puede decirse que están terminadas.

Los japoneses, como es natural, se muestran, al parecer, muy exigentes. El partido constitucional, en una reunión recientemente celebrada en Tokio, ha votado una resolución según la cual el Japón ha de exigir una cesión de territorio, una indemnización de los gastos de la guerra y un arreglo claro y definitivo de las cuestiones de Corea y de la Mandchuria. El partido progresista, á su vez, ha publicado un manifiesto en el que formula las mismas condiciones de paz pedidas por el constitucional, pero añadiendo las siguientes: prohibición para Rusia de construir obras de guerra en los puntos en que éstas podrían ser una amenaza para los intereses del Japón; renuncia, por parte de Rusia, á todos sus privilegios en la Mandchuria; compromiso de Rusia de renunciar á toda intervención en las cuestiones que á ese país afectan, y de abstenerse de todo acto que pudiera ser considerado como una amenaza para los intereses de la paz en la frontera de China.

Es de suponer que el Japón cederá algo de sus pretensiones, porque aun cuando hasta ahora sus armas han vencido siempre por mar y por tierra á sus adversarios, han de tener en cuenta que la guerra pasiva, por decirlo así, por parte de Rusia, puede durar indefinidamente, y que puestas las cosas en este terreno, tal vez los recursos de los rusos permitirían á éstos resistir más tiempo de lo que podrían resistir los japoneses.

Además, es posible que las potencias interpongan su mediación, como ha sucedido en tantos otros casos análogos, y que en su consecuencia se firme la paz en condiciones honrosas para ambos beligerantes.

En el entretanto, háblase mucho del armisticio y aun se ha dicho que lo estaban negociando el general Linevitch y el mariscal Oyama; pero esta noticia ha sido oficialmente desmentida, según parece, por el ministro de Negocios Extranjeros de Rusia, añadiéndose que la suspensión de hostilidades no podrá acordarse hasta después de la entrevista de los plenipotenciarios rusos y japoneses. Esta opinión no deja de ser extraña, pues el armisticio, que en nada compromete el porvenir, podría pactarse desde el momento en que las dos potencias en guerra han convenido en discutir las condiciones de la paz.

De todos modos, prosiguen en la Mandchuria los combates, de los cuales han tenido relativa importancia los del día 30 de junio y 1.º del corriente. En el primero, los japoneses atacaron las posiciones rusas á un centenar de kilómetros al Este de la vía férrea, siendo rechazados; en el segundo, que se libró en el ala opuesta, á 50 kilómetros de la vía férrea, un destacamento ruso tomó la ofensiva, y después de preparado por la artillería el ataque, la infantería dió el asalto á una posición japonesa, apoderándose de ella y poniendo en fuga y persiguiendo hasta una distancia de tres kilómetros al enemigo, al que causó numerosas bajas. Esto es lo que dice el parte de Linevitch; en cambio el de Oyama afirma que los rusos fueron rechazados perdiendo 400 hombres y que los japoneses sólo tuvieron 90 bajas.

En Corea los japoneses siguen avanzando hacia el Norte y los rusos se han retirado á la orilla izquierda del Tumén. También allí se traban frecuentes combates, pero de escasa importancia.

A consecuencia de los rumores contradictorios relativos á la rendición de los acorazados *Emperador Nicolás I*, *Orel*, *Almirante Seniavine* y *Gran Almirante Apraxine*, que fueron capturados por los japoneses en la batalla naval de Tsushima, el estado mayor general ruso ha comunicado que el contralmirante Nebogatoff y los comandantes de los mencionados buques, á su regreso á Rusia, serán juzgados bajo la acusación del crimen previsto en el artículo 279 del Código militar y castigado con la pena de muerte.

El día 5 de este mes fué botado al agua en Barrow-in-Furness (Inglaterra) un nuevo acorazado japonés, el *Katori*, construído en los astilleros de la casa Vickers Sons and Maxim, la misma que construyó hace cinco años el *Mikasa*, que tan gloriosamente ostenta la insignia del almirante Togo. El *Katori* desplaza 16.400 toneladas y tiene una velocidad media de diez y ocho nudos y medio por hora. Su armamento consiste en cuatro cañones de 30 centímetros, cuatro de 25, doce de 15 y una multitud de piezas de pequeño calibre, armamento el más formidable de cuantos llevan los buques de guerra modernos. El *Katori* fué encargado á la casa Vickers en enero de 1904, poco antes de la ruptura de hostilidades; como se ve, la construcción ha sido en extremo rápida.

En otro astillero también inglés se está construyendo en la actualidad otro acorazado del mismo tipo que el *Katori*, de suerte que la flota japonesa contará en breve con dos nuevas y poderosísimas unidades navales.—R.



RETRATO DE LA BAILARINA ESPAÑOLA GUERRERO, PINTADO POR FEDERICO A. DE KAULBACH

LA ESCUADRA INGLESA EN BARCELONA

ENTIERRO DE DOS MARINEROS

Procedente de Mahón y de Palma, llegó el día 4 á este puerto la división naval inglesa del Mediterráneo que manda el almirante Beresford, compuesta de los acorazados *Bulwark, Venerable, Prince of Wales, London, Formidable, Queen é Implacable* y de los cruceros *Leviathan, Carnarvon y Diana*.

Pocos momentos después de haber llegado, fallecieron á bordo del *Venerable* dos marineros á consecuencia de las heridas que recibieron efectuando una maniobra en el puerto de Palma. El entierro de estos dos desgraciados se efectuó el día 5 y fué un espectáculo imponente y conmovedor. A las ocho de la mañana atracaron en las escaleras de la Puerta de la Paz, remolcados por lanchas de vapor, los botes en que iban las fuerzas de desembarco que habían de tributar los últimos honores á los infortunados marineros y que se componían de dos compañías de infantería de marina, formando un total de 300 hombres, de los cuales sólo 42 iban armados de fusil, mandadas cada una por un oficial. Para que otras tropas pudiesen desembarcar fué preciso solicitar un permiso del ministro de

la Guerra, que se pidió y concedió telegráficamente. En el muelle recibieron á las fuerzas inglesas, en nombre del capitán general, el comandante y el capitán de estado mayor Sres. Calvo y Dod. A las ocho y cuarto fueron desembarcados los cadáveres, cuyos ataúdes iban envueltos en banderas

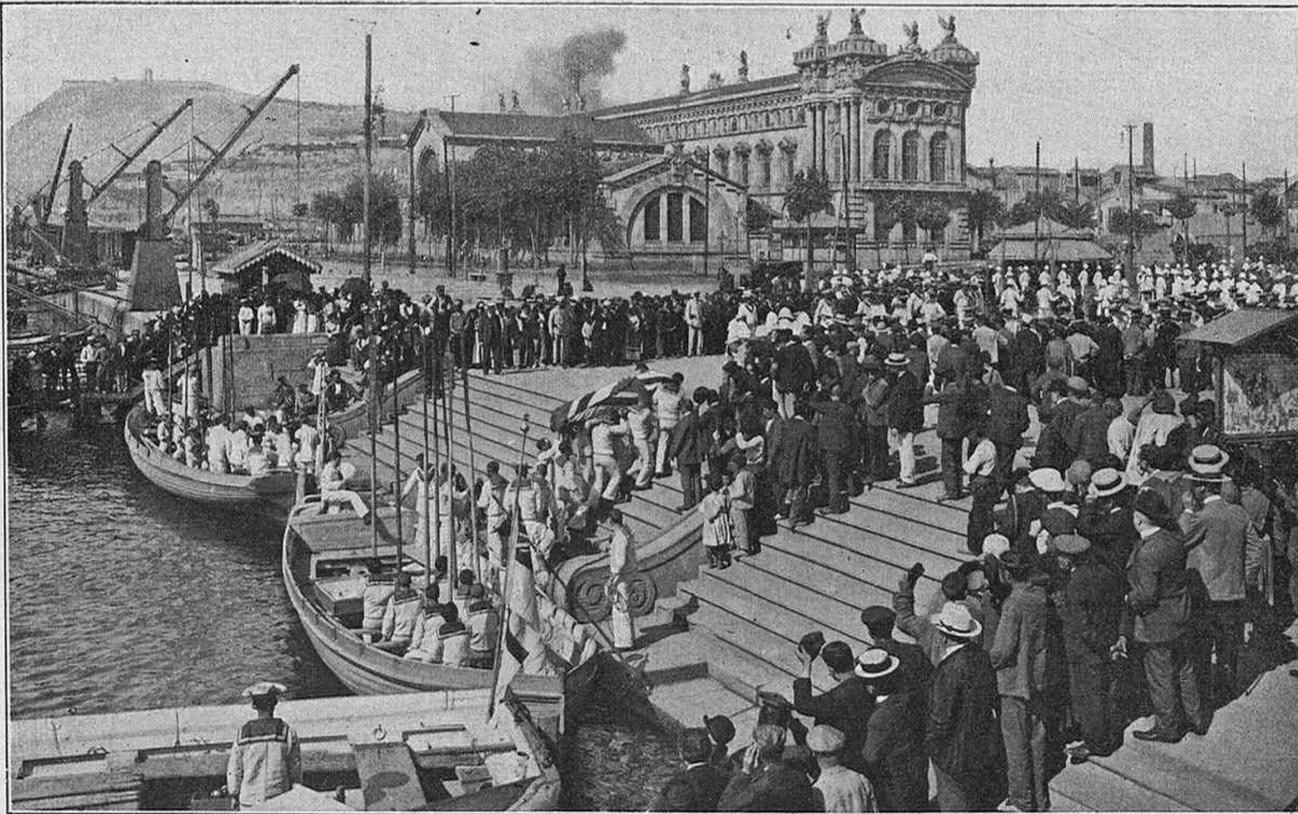
fuelle dedicada á Pedro Henlein y costeadá á medias por el municipio de aquella ciudad y por la Asociación de Relojeros de Alemania, y se ha celebrado una exposición histórica de relojes de bolsillo.

La estatua de Pedro Henlein resulta encantadora: vestido con el pintoresco traje de los antiguos industriales, el joven cerrajero contempla la obra por él inventada, no con la expresión de sorpresa del que triunfa por azar, sino con esa expresión serena y sossegada del que ve coronados por el éxito sus cálculos y confirmadas por la realidad sus presunciones científicas.

Esta figura, que tiene unos dos metros de alto, se levanta sobre un pedestal en cuyo centro hay una esfera rodeada por una cinta en la que están marcadas las veinticuatro horas; al pie del mismo se ven el antiguo y el nuevo escudo de Nuremberg y el de la Asociación de Relojeros de Alemania, y se lee la siguiente inscripción:

«A la memoria del inventor del reloj de bolsillo, Pedro Henlein, la ciudad de Nuremberg y la Asociación de Relojeros de Alemania.»

En esta obra sencilla, pero llena de atractivos, ha dado una nueva prueba de su talento el escultor alemán Max Weissner, autor de otros varios monumentos notables, entre los cuales merecen citarse especialmente el de Pablo Flemming en Hartenstein (Sajonia) y los de Bismarck en Annaberg (Schleswig) y en Königsberg.



BARCELONA. - ENTIERRO DE DOS MARINEROS DE LA ESCUADRA INGLESA ANCLADA EN ESTE PUERTO. (De fotografía de A. Merletti.)

inglesas, siendo éstos colocados en sendas cureñas que arrastraron soldados y marineros: sobre cada ataúd se puso una corona. Durante el desembarco de los cadáveres, las tropas inglesas estaban formadas delante de las escaleras con los fusiles á la funerals.

Como de los dos muertos el uno era católico y el otro protestante, formáronse dos cortejos fúnebres que se dirigieron respectivamente al cementerio del Sudoeste y al del Este. Abria la marcha de la comitiva que acompañaba el cadáver del católico un coche en el que iban el capellán y el comandante de estado mayor, seguido éste de su ordenanza á caballo; iban detrás la sección de infantería de marina inglesa llevando las armas á la funerals, la banda de música, el féretro, soldados sin armas y varios marineros con coronas. La otra comitiva se organizó del mismo modo, con la sola diferencia de que en el coche iban el pastor protestante del *Formidable* y el capitán de estado mayor.

El momento de partir los dos cortejos resultó muy solemne; durante el trayecto las bandas ejecutaron algunas marchas fúnebres.

Al llegar á los respectivos cementerios se efectuaron las ceremonias de rúbrica, y en el momento del sepelio los piquetes armados hicieron las salvas de ordenanza.

Con el mismo orden regresaron las tropas á la puerta de la paz, en donde se disolvieron, regresando á bordo de sus respectivos barcos.

ESTATUA DE PEDRO HENLEIN

Hace cerca de cuatrocientos años un cerrajero de Nuremberg llamado Pedro Henlein inventó el reloj de bolsillo, creando así una industria completamente nueva y llamada á conseguir gran desarrollo. Ocioso es decir la admiración que causó aquel invento aun entre los más sabios matemáticos, que se asombraban, según testimonio de un contemporáneo, al ver cómo aquel inteligente artífice construía «con poco hierro relojes con muchas ruedas que sin peso alguno y cualquiera que fuese la posición en que se los colocara, marchaban y sonaban veinticuatro horas.» Hay que notar que los llamados *huevecitos de Nuremberg* no son idénticos al reloj de faltriquera de Henlein y fueron inventados mucho tiempo después.

En conmemoración del cuarto centenario de este invento, se ha inaugurado el día 1.º de este mes, en una de las principales plazas de Nuremberg, una



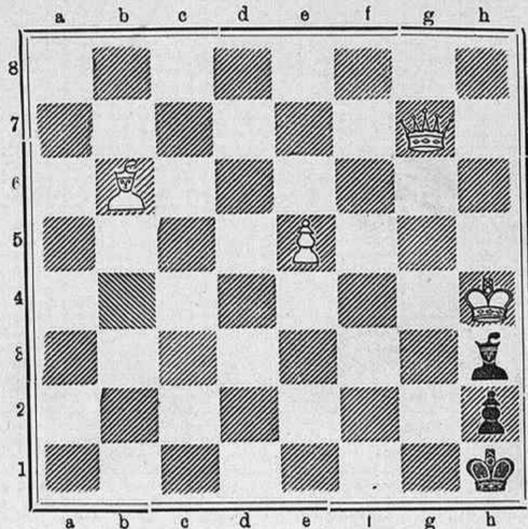
ESTATUA DEL INVENTOR DEL RELOJ DE BOLSILLO PEDRO HENLEIN, PARA EL MONUMENTO RECIENTEMENTE INAUGURADO EN NUREMBERG, modelada por Max Weissner.

EXTRA-VIOLETTE Véritable Parfum de la Fleur. VIOLET, 29, 8^e Italiens, Paris

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 391, POR A. W. GALITZKY.

NEGRAS (3 PIEZAS)

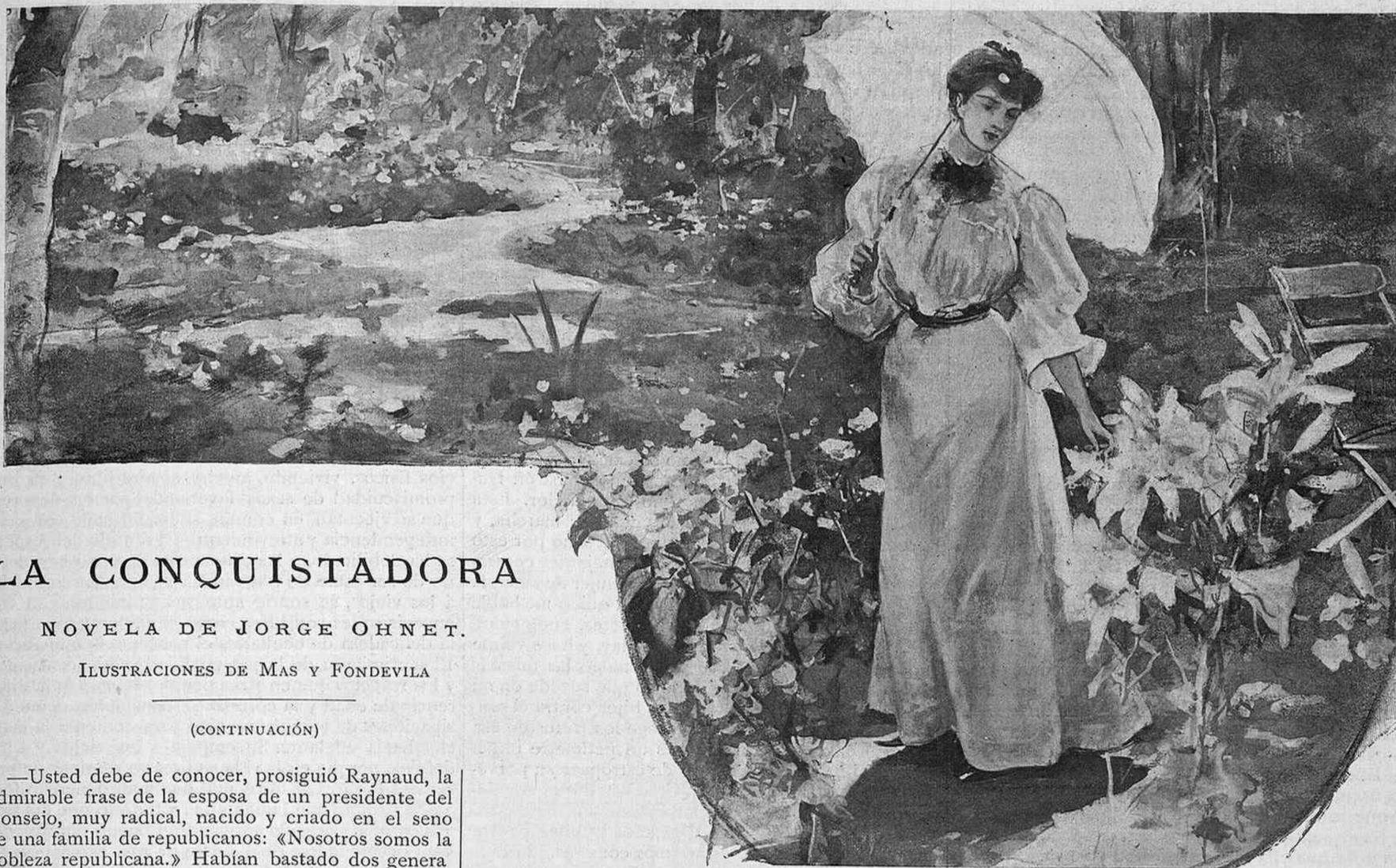


BLANCAS (4 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 390, POR N. A. ISWOLSKI.

- Blancas. Negras.
- 1. Dg1-c1 1. Cualquiera.
- 2. T ó D mate.



LA CONQUISTADORA

NOVELA DE JORGE OHNET.

ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

—Usted debe de conocer, prosiguió Raynaud, la admirable frase de la esposa de un presidente del Consejo, muy radical, nacido y criado en el seno de una familia de republicanos: «Nosotros somos la nobleza republicana.» Habían bastado dos generaciones de hombres que se repartiesen el poder para constituir una aristocracia dentro de la democracia misma. ¿Qué se puede esperar, desde el punto de vista igualitario, de un pueblo que tiene tan arraigadas las ideas aristocráticas?

—Nada absolutamente, dijo Ralph. Por eso los colectivistas franceses me hacen reír.

—Todos son lo mismo. Piden el reparto para provecho propio, pero no se puede dudar de que el siguiente día de establecida la comunidad se constituirían en castas y ejercerían la tiranía.

—Nadie se ha atrevido á ponerlo en duda..., y sería la tiranía más pesada, la de los energúmenos.

La criada de Valentín, anunciando que el almuerzo estaba servido, interrumpió la conversación. Ralph se apoyó en el brazo de su amigo, y por el jardín, lleno de flores, se dirigieron al pabellón.

En el suntuoso comedor, y en compañía de su mujer, de su hija y del barón de Duburle, Prévinquieres acababa de almorzar. Los tres criados encargados del servicio hacían desfilas los postres ante los comensales. La señora Prévinquieres, mujer de unos cuarenta años, muy bien conservada y muy elegante, hablaba con el barón y con su hija sin hacer el menor caso de su esposo que, malhumorado, apenas había dicho una palabra.

—Barón, ¿conoce usted al americano de Raynaud?, preguntó la señora Prévinquieres.

—Le conozco como se conoce á mucha gente; pero no tengo relaciones personales con él.

—¿Es tan rico como dicen?

—Probablemente exagerarán algo; sin embargo, sé que posee una gran fortuna.

—¿Cómo se habrá entusiasmado tanto con Raynaud?

—Parece ser que el director de la fábrica de ustedes le ha prestado un gran servicio desde el punto de vista industrial, y como esos yanquis son gente esencialmente práctica, Ralph Evans se ha interesado por el que le era útil y se ha propuesto serle útil también.

—Pero ¿qué servicio le ha prestado y cómo ha podido prestárselo?

—Prévinquieres podrá contestar á esa pregunta mucho mejor que yo.

Prévinquieres frunció el entrecejo al oír la alusión, y bajando la cabeza tomó un sorbo de café y se hizo el distraído. Pero como la curiosidad de su mujer no se dió por satisfecha, tuvo que contestar.

—De todo tengo la culpa yo, dijo. Si no hubiese hecho la tontería de exponer en Chicago, nada de lo que sucede hubiera sucedido. Evans no hubiera vis-

to mis máquinas y no habría podido pedirme las noticias que le pusieron en relaciones con Valentín. ¿Saben ustedes por lo que me ha salido la exposición de Chicago? Pues por una medalla de honor, que no me hacía ninguna falta, por sesenta mil francos de gastos de transporte y de instalación y por la marcha de Raynaud.

—No puedo creer que el conocimiento con Evans sea la causa que ha decidido la salida del director. En este asunto hay algo más que ustedes callan...

Prévinquieres golpeó la mesa con el mango de su cuchillo, y con marcado descontento añadió:

—Claro está que hay algo más; pero les agradeceré mucho que no me hablen de semejante cuestión.

Estas palabras produjeron el efecto de una ducha de agua fría. El barón y la señora Prévinquieres se miraron con asombro; pero Rosa, sonriendo maliciosamente, dijo:

—Por mi parte, tengo grandes deseos de conocer á ese americano. En mi imaginación toma proporciones verdaderamente extraordinarias; el hombre que viene á robarnos á Valentín, pues no hay que hacerse ilusiones, es un robo en toda regla, se me figura una especie de gigante, un Polifemo. ¿Tiene dos ojos?

—Sí, y muy penetrantes, dijo el barón. Pero tranquilízate, hija mía, no es un fenómeno. Anda como todo el mundo, y anoche, cuando subimos juntos al coche que debía conducirnos á la estación, se condujo conmigo con exquisita amabilidad. Sé también que es hombre ducho en todos los deportes, buen jinete, gran cazador...

—Pues bien, si se queda algunos días le haremos tirar á los faisanes. ¿Es joven ó viejo?

—Chiquilla, me parece que te pones en guardia.

—Se equivoca usted, padrino, de medio á medio. ¡Un americano! ¿Qué iba yo á hacer con él? La doma de un marido salvaje no es cosa que entre en mis ideas.

—De una vez y para siempre, murmuró Prévinquieres, quisiera saber lo que entra en tus ideas, pues me parece que ni tú misma lo sabes.

—Pues mira, voy á exponerte mi programa, dijo Rosa riendo. Se podrá imprimir y pegaremos un ejemplar á la puerta del salón, como se hace en los concursos. Quiero un hombre muy rico, muy elegante, muy amable y muy bien educado. Mira, algo parecido á como era mi padrino... hace algunos años.

Una sonrisa se dibujó en los labios del barón de Duburle. Movió la cabeza, se fijó atentamente en

Rosa y en la señora Prévinquieres, y después dijo con dulzura:

—Hija mía, los hombres como tu padrino no se casan casi nunca.

—¿Por qué?, preguntó con atrevimiento la joven.

—¡Diantre! Porque encuentran demasiadas facilidades para no casarse, murmuró Prévinquieres. ¿Acaso crees que un muchacho encantador, brillante y buscado, como era Duburle hace veinticinco años, había de ser tan imbécil que se pusiese un dogal al cuello? Ahora que es un señor viejo y que tiene ruina, se amolda á la vida de familia; pero en otro tiempo no se le hubiera podido sujetar. Sería digna de compasión la mujer que se hubiese casado con él.

—¡Hum, hum!, dijo el barón entre alarmado y satisfecho. Amigo mío, no sé para qué cuenta usted semejantes cosas á su hija. Debe usted proponerse que me falte al respeto.

—Padrino, con respecto á usted nunca me he hecho ilusiones. Basta verle para comprender lo que ha debido usted ser, y esto precisamente es lo que me encanta. ¿Me quiere usted, padrino? Si es así nos casamos mañana.

—Eres tonta, hija mía, dijo el barón sonriendo. Pero con todo, temo que cuanto acabas de decir sea consecuencia de ideas que consideraría muy peligrosas. Dime, ¿no te repugnaría casarte con un hombre ya maduro, aun cuando reuniese el conjunto de cualidades que has enumerado hace un momento?

—¿Qué es lo que llama usted un hombre maduro?

—Pues un hombre de treinta y cinco á treinta y seis años...

—Treinta y seis, dijo Rosa burlescamente. Pues bien, no me daría el menor cuidado. Los jovencitos, si quiere usted que se lo diga francamente, no me inspiran confianza.

—Rosa, exclamó Prévinquieres. Entre un jovencito y un hombre machucho hay un gran espacio.

—Y este espacio lo llenan el egoísmo, la ligereza, la inconstancia y la nulidad, que son los distintivos de los jóvenes que más brillan en nuestro mundo. Ahí está mi hermano... ¿Es presentable?

Ese «ahí está mi hermano» fué terrible, y pareció que una repentina tempestad se desencadenaba en todos los espíritus. Prévinquieres sintió un estremecimiento y se puso como la grana. Su esposa palideció y se mordió los labios, y en cuanto á Duburle, ensayó un ligero silbido cuyo significado no podía ser más desaprobativo.

—Tu hermano, tu hermano, balbuceó Prévinquieres.

... recorría el jardín bajo la aureola de su sombrilla blanca, cogiendo flores

res fijando en su hija una mirada terrible. No has podido escoger mejor ejemplo; tu hermano es el mayor imbécil de su generación.

—¡Dios mío! ¿Qué he hecho?, exclamó Rosa fingiendo admirablemente gran confusión. ¡Pobre Ojazos!

—¡Ojazos!, repitió el padre con acento que revelaba sorda irritación. ¿También tú conoces el apodo que le han colgado?

—Papá, es cosa que la sabe todo el mundo. Por lo demás, está suficientemente justificado, porque podrás pensar de Mauricio cuanto quieras, pero no negarás que es todo un buen mozo.

La señora Préviniqueres fijó en su hija una cariñosa mirada, en la que iba envuelta su aprobación; pero Préviniqueres no se dió por vencido.

—Con esto ya tiene mucho adelantado. ¿No le valdría más tener sentido común? Seguramente. Es una muestra brillantísima de la juventud de hoy. Hija mía, ante semejante ejemplo no tenemos más que inclinar la cabeza y darte la razón, y antes que unir una existencia á la de semejante tarambana, comprendo que existan mujeres que prefieran quedarse solteras.

—Yo no llevo el pesimismo hasta ese extremo, dijo Rosa con tranquilidad; pero sólo me decidiré después de haber reflexionado mucho.

Levantáronse de la mesa para pasar á un salón, en donde Préviniqueres, su mujer y Duburle no tardaron en quedarse solos. Rosa, cruzando la terraza, á la que daba una puerta-ventana, recorría el jardín bajo la aureola de su sombrilla blanca, cogiendo flores para hacer un ramo.

—¿La han oído ustedes?, dijo Préviniqueres dirigiéndose á su mujer y á su amigo. Pues bien, con semejantes ideas, calculen la acogida que habría dispensado á Valentín Raynaud.

—¡Cómo! Al director de la fábrica...

—Esta mañana he empleado todos los recursos para hacerle hablar, y no ha tenido más remedio que decirme la verdad. Quiere á Rosa; pero como tiene tan buen sentido como modestia, se da perfecta cuenta de que ella no le hará caso y se va.

—He ahí la clave del enigma, exclamó la señora Préviniqueres. Ya me decía yo que en este asunto había algo oculto. La determinación de este muchacho me parecía inexplicable, y mucho más teniendo en cuenta lo muy bueno que has sido para él.

—Alto ahí, dijo Préviniqueres con vivacidad. Él ha hecho por nosotros tanto como nosotros hemos hecho por él, y si á esto se añaden los servicios prestados por su padre, somos nosotros los que estamos en deuda. Ese muchacho es una perla. Váyanse al diablo las ideas aristocráticas de mi hija. Nunca podré encontrar yerno que me satisfaga más.

—Pero ¿qué estás diciendo?, exclamó con asombro la señora Préviniqueres. ¿Valentín Raynaud un yerno para ti? ¿Ese obrero? Pierdes el juicio.

—No, no pierdo el juicio, y ojalá Dios, tú y tu hija no estuvieseis trastornadas por ideas que no reposan sobre base alguna, porque al fin y al cabo yo me llamo sencillamente Préviniqueres y soy un vendedor de maquinaria agrícola. ¿Por qué enorgullecerse?

—No te esfuerces para aparecer vulgar, dijo la señora Préviniqueres un tanto amostazada.

—No, si yo no quiero aparecer nada. Soy un industrial muy rico, y eso es todo. El yerno que más me convendría sería un trabajador como yo. Lo tengo al alcance de la mano, y para colmo de mala suerte mi hija no lo quiere, no lo querrá.

—¿Se lo vas á proponer?

—No; de ningún modo quiero hacer sufrir á ese honrado muchacho procurándole una humillación. Desde el momento que nuestra hija no ha sospechado los sentimientos de Valentín y nos ha dicho lo que hace un rato habéis oído, nada tengo que hacer. Dejaré que Raynaud se marche, cosa que desquiciará completamente mis negocios, y asistiré al matrimonio de mi hija no sé con quién. He hecho abdicación de toda mi autoridad, y me lavo las manos de las locuras que se van á cometer delante de mí.

—Para juzgarlas de semejante modo, espera que se cometan. Tú no puedes adivinar lo que hará tu hija.

—Sin duda será una tontería, y más si lo hace con tu colaboración.

—¡Vaya una gracia! Así se comprende la poca influencia que tienes sobre tus hijos. Tal vez te figuras que no se dan cuenta de que tu carácter agrio oculta una gran debilidad. Para imponer la propia voluntad á las gentes no es necesario más que persuadirlas, y eso es lo que tú no has sabido hacer nunca.

—Sí, todo el mundo sabe que tú y tus hijos sois unas pobres víctimas, replicó furiosamente Préviniqueres. No hacéis ningún esfuerzo para disimular lo

poco que me consideráis, y por lo único que tenéis verdadera estima es por mi caja. Si tuviese sentido común, os reduciría á una renta mezquina para que adquirieseis un poco de sentido de la vida. Tú y tus hijos os hacéis muchas ilusiones con respecto á la posición que ocupáis en el mundo. Os atraen, os miman y os agasajan. ¿Sabéis por qué? Vosotras os figuráis que es por vuestras gracias personales y por vuestras cualidades. Es un gran error. Todo eso lo debéis á la cantidad de dinero que pongo á vuestra disposición. Dejad de recibir, de dar de comer, de bailar y de llevar gran lujo, y al día siguiente nadie querrá conoceros. Vosotras creéis que os prodigan sonrisas porque sois exquisitas, encantadoras y deliciosas, cuando es porque en vuestra casa se divierten y se come bien, y todas esas relaciones artificiales, todo convenio y reciprocidad, forman la base de vuestra existencia. Hace un momento he oído decir á mi hija que únicamente se casaría con un hombre muy rico, muy elegante y muy bien educado. Con tal que reúna estas condiciones, importa poco que sea un estúpido. Respecto á este punto, puede estar tranquila; si se casa con ella, lo será.

—Vamos, Préviniqueres, no se excite usted, y no corra más que sus pensamientos, dijo el barón Duburle interrumpiéndole en tono conciliador. Está usted de mal humor porque Raynaud se marcha, y la cosa no puede ser más natural. Pero no por esto haga responsable á su familia de semejantes contradicciones. Su esposa es una perfecta mujer de su casa.

—Ya me figuró que no será usted quien me hable mal de mi familia, replicó Préviniqueres. Todo cuanto dice usted aquí, tiene fuerza de ley, y hace veinte años que dura esto... Pero yo no tengo las mismas razones que usted para admirar lo que sucede en mi casa. Mi mujer ha educado á sus hijos contra el sentido común, y yo soy quien recoge los frutos de esa hermosa educación. Mi hijo es un petimetre imbécil, y mi hija está en camino de estropear su porvenir por tontería y snobismo. ¿Cree usted que voy demasiado lejos? No, lo que sucede es que me apuro demasiado tarde. Si hace diez años hubiese puesto las cosas en orden, no estaríamos como estamos.

—Cualquiera que te oyese se figuraría que amenazan nuestra casa grandes cataclismos, dijo la señora Préviniqueres. Todo esto viene de que á Valentín Raynaud se le ha metido en la cabeza querer á tu hija. De todos modos, debo advertirte que Rosa no se casará sin tu consentimiento. Si el marido que elija no es de tu gusto, con decir que no, evitarás que las cosas sigan adelante.

—Y entonces será preciso sufrir vuestras recriminaciones y vuestras quejas. Porque á mí no me cabe la menor duda de que estáis de acuerdo. No, no esperéis que emprenda la tarea de haceros entrar, á una y á otra, por el camino derecho. Estoy cansado de ser el único que tiene sentido común en la casa. Haréis lo que os dé la gana, y yo no intervendré más que para decir *amén*. Como ya he dicho, me lavo las manos con anticipación. Lo único que haré será pagar según costumbre. No os convenceréis de que yo soy quien tiene razón hasta que os veáis precisadas á pedirme socorro y á rogarme que arregle los asuntos y los ponga en orden. Y como quiera que todas esas discusiones me atormentan, me ponen nervioso, no me dejan digerir, y estoy cansado de sostenerlas, os dejo hablar si eso os distrae, y buenas tardes.

Lívido, con el paso agitado y las manos temblorosas, Préviniqueres salió del salón cerrando con violencia la puerta, y fué á encerrarse en su gabinete. La señora Préviniqueres y Duburle se miraron sin decir palabra. Un rato después el barón dijo con acento que demostraba su descontento:

—Mi querida amiga, hace usted mal tratándole como le trata. Es tan bueno y tan indulgente, que no tiene usted perdón de Dios si no alcanza de él cuanto se le antoje.

—Tiene usted mucha razón; pero cuando se trata de la boda de Rosa no me puedo dominar. Es asunto que me preocupa tanto...

—Vamos; una joven tan bonita como ella y que tiene un millón de dote, no se queda nunca para vestir imágenes.

—Pero es preciso que no la quieran por su fortuna.

—Ya ha oído usted que sólo se casará con un hombre muy rico.

—No tiene pelo de tonta; pero cuando se trata de elegir marido, la reflexión no es el todo; es preciso que el corazón tome también la parte que le corresponde. Casarse sin amor es tan triste...

La señora Préviniqueres, entristecida y suspirante, fijando una mirada en su antiguo amigo, todavía esbelto, murmuró:

—Para mí sería causa de gran desolación si más tarde mi hija se viese obligada á hacerse las reflexio-

nes que yo me hago. Además, ¿quién sabe si ella tendría la suerte de encontrar las compensaciones que la vida me ha sabido ofrecer?

Y levantándose, bajaron lentamente al parque, en donde Rosa estaba todavía cogiendo flores...

II

Es muy cierto que Préviniqueres, cuando se quejaba amargamente de la educación de sus hijos, no exageraba nada.

Educados en su propia casa, lo habían sido, sin embargo, de un modo totalmente opuesto á las ideas y principios de su padre. No se puede negar que de veinticinco años á esta parte se ha producido una modificación profunda en los espíritus, y que entre los hijos y los padres existe una disparidad casi completa en ideas y sentimientos. Nunca, en ninguna época, á no ser en el momento en que la revolución estableció por la violencia, en Francia, un orden de cosas completamente distinto al que acababa de desaparecer, se ha producido una variación tan grande en los modos de ver y de sentir.

La nueva generación, acostumbrada á los ejercicios físicos, viviendo mucho al aire libre y en una promiscuidad de sexos favorecida por los deportes que se ejecutan en común, se ha formado con gran independencia y atrevimiento. El sentido del respeto se ha debilitado, y las diferencias de edad han dejado de ser causa de veneración. Ya apenas se escucha á los viejos, se sonríe ante sus opiniones, con frecuencia se les considera como chiflados, y ni se tiene la delicadeza de ocultarles el concepto que merecen. El sentimiento de la personalidad se ha acentuado, y los respetos que en otros tiempos imponían la diferencia de edad y la cortesía se consideran como disipaciones de energía propias para contener la marcha hacia adelante. Se empuja á los viejos y á los débiles, porque en la vida es preciso caminar de prisa para llegar. Las ideas que dominan tienen un fondo de utilitarismo lamentable, y todo lo que era sentimiento ha parecido anticuado y bueno únicamente para desprenderse de él como de una carga pesada. De ahí esa sequedad de los espíritus, ese egoísmo en las relaciones, y esa forma aguda y cortante en la discusión, que da á las palabras un sentido amargo y á las acciones un valor material que las despoja de toda belleza y de toda generosidad.

Para un burgués como Préviniqueres, rebosante de los recuerdos caballerescos de la época napoleónica, imbuído por las exageraciones sentimentales del romanticismo y lleno de las enseñanzas morales que habían dejado en el espíritu público la guerra, la invasión y la revolución comunista, el escepticismo razonador, el desdén por las rancias fórmulas, el afán de llegar sin escrúpulos, que son el carácter distintivo de la nueva generación, de la que encontraba en sus hijos los síntomas principales, eran causa de disgusto. No los comprendía, y sentía que ellos no le comprendían tampoco. Ni las palabras pronunciadas por los hijos parecían tener el mismo sentido que las del padre, ni los actos tenían el mismo valor. Préviniqueres se encontraba extraño entre los suyos. Cuando exponía sus ideas adivinaba en las miradas la burla y casi el desprecio. Sufría, no se atrevía á decirlo, y acumulaba en su interior las más tristes amarguras.

Sin embargo, sus hijos no carecían de ternura para él; le querían á su manera, que ciertamente no era mucho, y con facilidad familiarizaban con él, tratándole como á un compañero; pero Préviniqueres sufría por creerse despojado de la autoridad que sobre ellos quería conservar. No eran malos, antes al contrario, eran buenos, mas de un modo irónico que tenía el don de desfigurar las mejores disposiciones. En su corazón, el afecto que sentía por sus hijos luchaba con el recuerdo de los pesares que le ocasionaban, pudiendo afirmarse que le proporcionaban muy contados momentos de verdadera satisfacción. Con su conducta y con su modo de hablar le irritaban frecuentemente, y entre el padre y los hijos existía un desacuerdo casi completo. Era éste mucho más grave entre Préviniqueres y Mauricio, porque siendo dos hombres se guardaban menos consideraciones; con Rosa, joven y linda, la dulzura atenuaba forzosamente la irritación que el padre sentía.

Préviniqueres, siempre alerta y presa de la más grande desconfianza, se mostraba constantemente descontentadizo y huraño. Este continuo mal humor hacía menos gratas las relaciones entre la familia, y los hijos, poco dispuestos á intimar con su padre, censuraban su poca benevolencia. Mauricio formulaba sus ideas con este juicio definitivo: «Papá es muy pesado.»

Los dos adoraban á su madre. La indulgencia, la

dulzura y las caricias, raras en el jefe de la familia, prodigábalas la señora Préviniqueres. Para contrabalancear la conducta de su marido se había inclinado en sentido opuesto á él, y cuanto más desagradable estaba éste, más era la madre cariñosa y complaciente. Su carácter, amable por naturaleza, hacia que se esforzase en agradar, aun á sus propios hijos; además, se adaptaba con mayor facilidad á las nuevas costumbres de la transformada sociedad. Por su edad, se sentía más unida á Rosa y Mauricio, y mientras Préviniqueres se había empeñado en no abjurar las ideas y costumbres de su juventud, ella se modernizó totalmente. Pero en el seno de esta honrada familia, en la que todos se querían sinceramente y vivían muy unidos, existían profundos y dolorosos desacuerdos morales que hacían á menudo muy difícil la existencia.

Las crisis, que en la casa de Préviniqueres subsistían en estado latente, habían llegado al último extremo, á causa de una calaverada reciente de Mauricio y de la aparición de un pretendiente de Rosa. La calaverada había sido muy regular, y el pretendiente era de los que causaban inquietudes; de ahí el recrudecimiento del mal humor de Préviniqueres. Buen mozo, y muy codiciado, el hijo de la casa se había lanzado al mundo de la galantería con la deplorable manía de querer casarse con cuantas mujeres se mostraban bondadosas con él. Amar no le era suficiente, le era preciso casarse. Su padre, á cada manifestación de este inmoderado deseo de contraer matrimonio, se sentía acometido de un acceso de exasperación tan grande, que le ponía á dos pasos de la apoplejía.

El año anterior, Mauricio había seducido á una linda joven, maniquí en casa de una famosa modista de la calle de la Paz, estando á punto de pedir judicialmente á su padre el permiso para casarse con aquella encantadora criatura. Préviniqueres prefirió dar veinticinco mil francos á la novia, que, ante tal argumento, no vaciló en romper las relaciones con su futuro. Dos meses más tarde, Mauricio se moría de amor por la Serbelli, que acababa de alcanzar un éxito inmenso en la ópera con un baile nuevo; se había marchado con ella á Milán y había escrito á su padre desde el mismo teatro de la Scala, suplicándole que hiciese su felicidad consintiendo en su boda con la estrella. Afortunadamente, esta vez se encargó un tenor de poner fin á la aventura. Mauricio había entrado en el cuarto de la bailarina sin llamar, y la había encontrado representando una escena tan sugestiva, que al día siguiente el enamorado joven volvía, presa del mayor desaliento, al seno de su familia.

Pero, para no perder la costumbre, muy pronto se había sentido inflamado por los ojos azules y los rubios cabellos de la señorita Amadina de Narbona, la mujer más cara de París, y que, síntoma alarmante, había hecho alarde con él del más grande desinterés. Hacía tres semanas que Mauricio había desaparecido del domicilio paterno y vivía en casa de su amante, con vivo descontento por parte de los íntimos de esa amable joven, de ningún modo destinada á hacer la felicidad de un hombre solo, y si á asegurar la de todo el mundo. Inútil fué que Préviniqueres, alarmado por la habilidad con que Amadina desempeñaba su papel, queriendo hacerse una reputación valiéndose del amor, enviase á su hijo diferentes emisarios para prodigarle buenos consejos. Mauricio no hizo el menor caso de las abjuraciones paternales. Por esta vez, él lo decía muy formalmente, se trataba de su felicidad: separarlo de la señorita de Narbona era lo mismo que condenarle á eternos sufrimientos. Por lo demás, comprendía que no habría de sobrevivir á semejante pérdida, y que antes que sufrir mucho más tiempo, prefería levantarse inmediatamente la tapa de los sesos.

Con el barón de Duburle, consejero amable é indulgente, era con quien se había expresado de tan extraordinaria manera. Duburle, que no temía po-

nerse al habla con una mujer hermosa, se había apresurado á visitar á Amadina en su casa de la Avenida del Bosque, decidido á reanudar con ella la escena de persuasión que tan poco efecto había producido con Mauricio. Encontróla grave y sencilla, declarando que amaba al joven Préviniqueres y diciendo que estaba decidida á hacer penitencia de su galante pasado, sacrificando todas las ventajas que le había va-

que vivía de los restos de un patrimonio que él y su hermana, la condesa Gródsko, habían dilapidado con una precipitación sorprendente. La joven condesa, mujer de brillantes relaciones, estaba casada con un húngaro muy rico, del que, á los pocos meses de matrimonio, se había separado, y habitaba con su hermano en el hotel Condottier, calle de Santo Domingo, negándose con irresistible energía á obedecer las órdenes del magnate que pretendía tenerla encerrada todo el año en un antiguo castillo que en medio de veinte mil hectáreas de pinares se levantaba á orillas del Theiss. Los dos hermanos se habían organizado en París una existencia muy agradable. Frecuentaban la mejor sociedad, y como la condesa hubiese sido compañera de Rosa en el colegio, entre el hotel Condottier y la casa de Préviniqueres había buenas relaciones, á las que se oponía el industrial, cuyo buen sentido rechazaba lo que una intimidad entre los suyos y la amable pareja podía ofrecer de peligroso. Pero el marqués era un bailarín admirable; había flirtado todo un invierno con Rosa; la condesa se había granjeado con mucha habilidad las simpatías de la madre de ésta, y á fuerza de amabilidad había conseguido desarmar al mismo Préviniqueres.

Ahora bien, una noche, en el círculo de los Campos Elíseos, Duburle, que nunca se decidía á irse á acostar, apuraba, según su costumbre, taza tras taza de te; el joven marqués de Condottier, que acababa de tallar al *baccará* y de ganar mil lises, se sentó junto al barón. En aquel mismo momento entraba Mauricio, que dió un apretón de manos á Condottier, y observando que Duburle se ponía muy serio, le preguntó si se encontraba mal.

—No, me siento bien; pero estoy muy descontento de ti.

—¿He hecho algo?

—Nunca se te ve en tu casa. No haces más que dar disgustos á tu madre que es una mujer muy buena...

—No seré yo quien diga lo contrario.

—Y haces que tu padre esté siempre disgustado...

—Que es el más gruñón de los jefes de tribu... ¡Bah! Se puede decir que es patriarcal y bíblico desde el punto de

vista de los usos y de las costumbres. Si le dejase, me inmolaría en el altar de sus prejuicios, como Abraham quiso hacer con su hijo Isaac.

—Eres un estúpido. Tu padre es un hombre excelente que considera, con muy buen juicio, que un joven como tú no puede vivir con Amadina y en casa de Amadina á ciencia y paciencia de todo París.

—No podrán decir que ella me mantiene.

—Es casi lo mismo. Tú no le das un cuarto, y ella ha dejado por ti á los otros.

En este preciso momento, y como Mauricio hiciese un gesto que revelaba su fatuidad, el joven marqués dejó escapar un ¡oh! acompañado de una mueca tan expresiva, que hizo enrojecer al heredero de Préviniqueres.

—¿Eso quiere decir?... preguntó el barón.

—Sí, añadió Mauricio. ¿Qué es lo que pretende usted insinuar?

—Yo he dicho sencillamente ¡oh!, dijo Condottier con voz suave. ¡Oh!, exclamación á la vez de sorpresa, de admiración ó de duda, según el tono que se le dé.

—Su ¡oh! indicaba duda, replicó agriamente Mauricio. ¿Me engaño?

—No, no es usted quien se engaña, declaró con dulzura el marqués, es ella quien le engaña.



Mauricio Préviniqueres

lido para vivir honrada y modestamente con el hombre que quería hacerla su esposa.

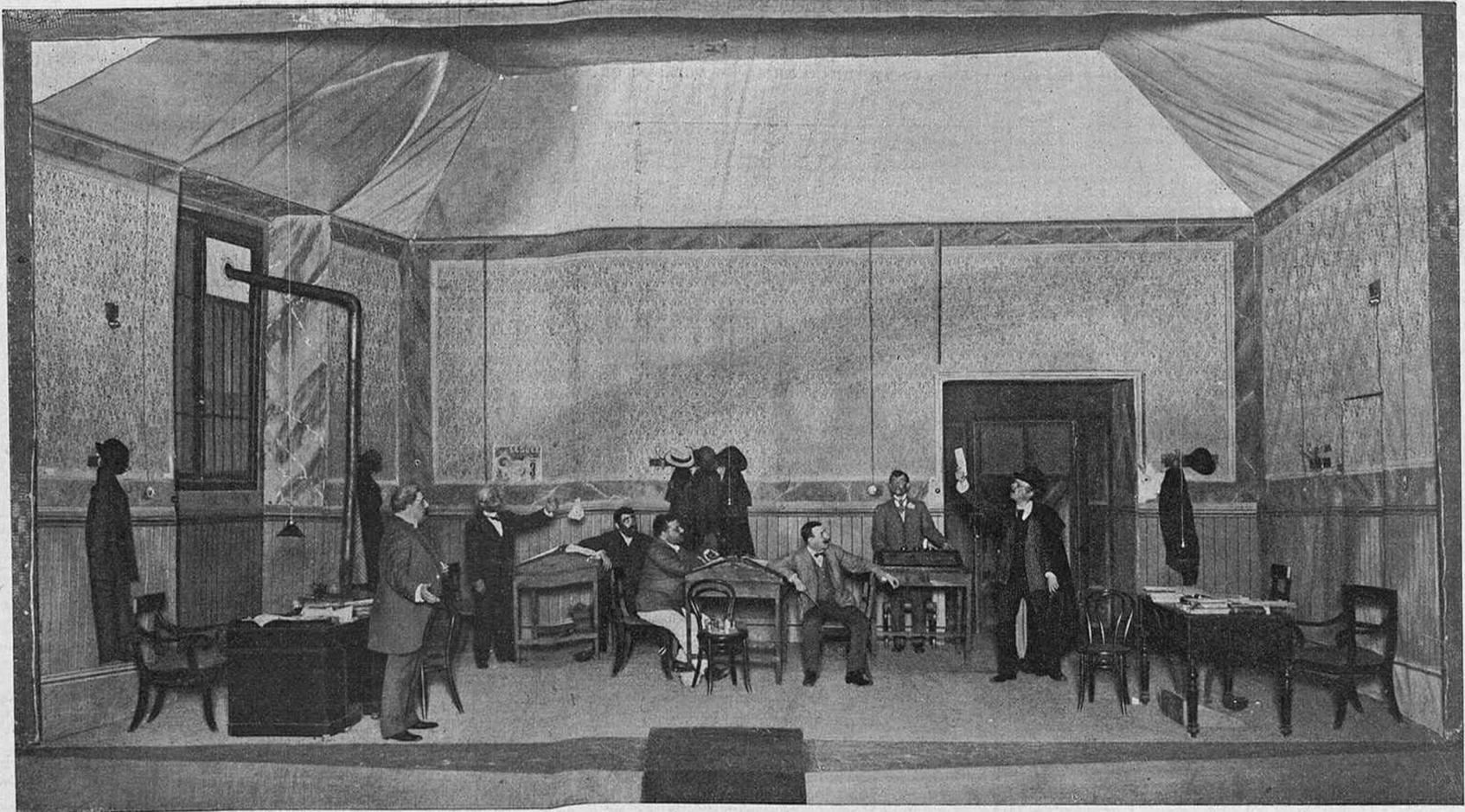
A semejante confidencia, el barón había contestado con amable escepticismo, dejando entender que Mauricio era un amable majadero, del que Amadina no tardaría en cansarse, y que Préviniqueres, hombre avisado y firme en sus resoluciones, era muy capaz de desheredar á su hijo y colocar la mayor parte de su fortuna en el extranjero, antes que fuese á parar á manos que no le pareciesen dignas de recibirla. Además, Préviniqueres gozaba de muy buena salud, podía muy bien vivir veinte años, tiempo que daría con creces ocasión á Amadina para que se cansase de Mauricio, se divorciase y entrase de nuevo en su camino natural, que era el del amor sin sujeción. El rumor público pretendía que Duburle había apoyado esta argumentación definitiva y concluyente con una demostración personal y activa que provocó, primero asombro, indignación después, y más tarde cierta admiración en Amadina.

De todos modos, Duburle se vió en la precisión de confesar á Préviniqueres que su intervención en el asunto no había producido efecto alguno, y que consideraba perdida la partida, pues los intereses de Amadina estaban de acuerdo con la fantasía de Mauricio. Entonces el marqués de Condottier entró en escena.

Era éste un buen mozo muy bien emparentado,

(Continuará.)

LA MUSA LOCA, COMEDIA EN TRES ACTOS Y CUATRO CUADROS DE LOS HERMANOS SRES. ALVAREZ QUINTERO,
ESTRENADA CON GRAN ÉXITO EN EL TEATRO DE NOVEDADES



BARCELONA. — LA MUSA LOCA, COMEDIA EN TRES ACTOS DE LOS HERMANOS SRES. QUINTERO, ESTRENADA EN EL TEATRO DE NOVEDADES. — PRIMER ACTO.

Proponerse que en el teatro vuelvan á imperar las comedias de buenas costumbres; llevar á la escena argumentos que entretengan agradablemente é interesen al espectador sin obligarle á cerrar los ojos de la razón ante los ataques á la lógica, ni á taparse los oídos ante los ataques á la moral y á la decencia; prescindir de esos conflictos abstrusos y de esos simbolismos extravagantes que á casi nadie importan y que muy pocos entienden, y plantear esos problemas de la vida usual en que todos hemos intervenido ó podemos intervenir algún día, porque son expresión, no de casos aislados y raros, sino de lo que es corriente en la sociedad tal como está constituida; poner en las tablas personajes que sientan y hablen como el común de los mortales y que con sus sentimientos nos conmuevan y con

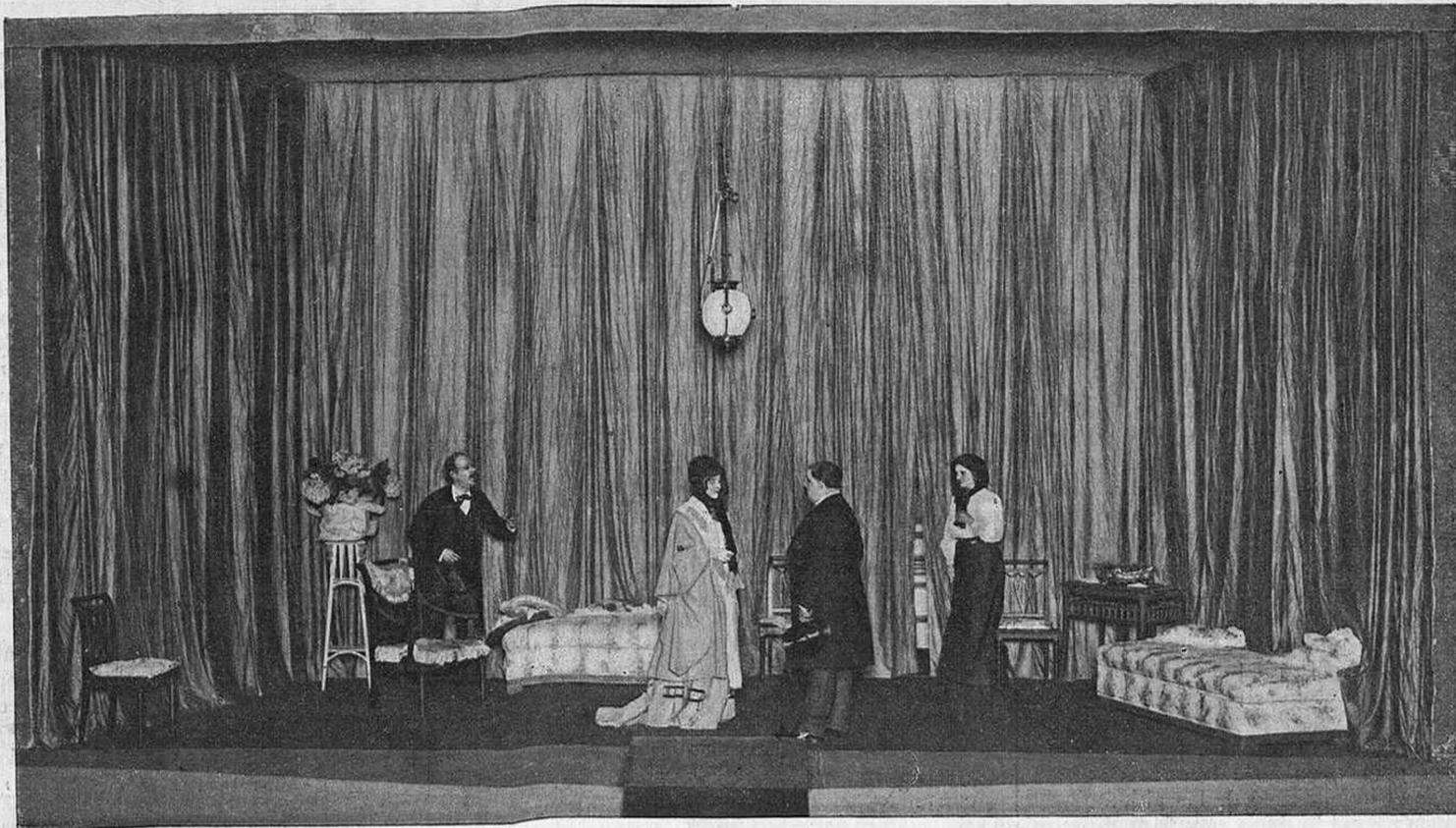
Jóvenes, casi niños, desconocidos en la corte, lanzáronse á escribir para el teatro; y en vez de dejarse llevar por la corriente, lucharon contra ella, arrastrando consigo al público, que así premió su valor y su honradez literarios.

Sin necesidad de «romper los antiguos moldes,» han hecho algo nuevo y mucho bueno, y hoy los autores de *El patio*, *La buena sombra*, *Los galeotes*, *Las flores*, *La vida íntima*, *El nido*, *La zagala*, *El amor que pasa* y tantas otras joyas de nuestro teatro moderno, figuran con justicia en primera línea en la literatura dramática española contemporánea.

La musa loca, comedia estrenada recientemente en Barcelona, no desmerece de las anteriores producciones de los señores Alvarez Quintero. El argumento de la obra es sencillísimo,

vida de privaciones, de miseria. Al fin se estrena el drama y el estreno es un solemne fracaso: perdidas las ilusiones, el infeliz vuelve á la razón y considera espantado el porvenir que le espera. Por fortuna su antiguo jefe, que es un amigo leal, lo vuelve á la oficina, en donde al mismo tiempo que le compecede, porque aún conserva restos de sus pasados ensueños, le hace colaborar con él en unos planes que ha concebido para reformar los servicios del Estado: el burócrata que censura á su subordinado por su manía del teatro, también tiene su manía, la de las reformas.

La comedia está admirablemente construída en el primer acto; en los otros dos algunas escenas resultan demasiado largas; el lenguaje es culto y castizo; abundan en la obra los chis-



BARCELONA. — LA MUSA LOCA, COMEDIA EN TRES ACTOS DE LOS HERMANOS SRES. QUINTERO, ESTRENADA EN EL TEATRO DE NOVEDADES. — SEGUNDO ACTO.
(De fotografías de A. Merletti.)

sus palabras nos deleiten; arrancar lágrimas sin recurrir á efectismos artificiosos, y sonrisas y carcajadas sin apelar á chistes groseros; hacer todo esto, es hacer una obra de educación digna de los mayores éxitos y de los más entusiastas aplausos. Pues esto es lo que han hecho desde el principio de su carrera los notables autores dramáticos Sres. Alvarez Quintero.

Un viejo unccionario del Estado ha escrito un drama en el que cifra grandes esperanzas; la vanidad le ensoberbece y le hace abandonar el empleo gracias al cual vivían relativamente bien él y su familia. Entonces comienza su calvario; el autor dramático asedia á empresarios y artistas sin poder lograr que su obra sea aceptada, y entre tanto su vida y la de los suyos es una

tes de la mejor ley, y tiene toques de sentimiento exquisitos. En su desempeño obtienen muchos y merecidos aplausos la Sra. Guerrero y las Srtas. Bremón y Cancio, y los Sres. Díaz de Mendoza, Palanca, Santiago, Carsi, Mesejo y Cirera. *La musa loca* ha sido un buen éxito y por él felicitamos á sus simpáticos y celebrados autores. — P.



GRANADA. - JUEGOS FLORALES CELEBRADOS EN EL PALACIO DE CARLOS V EL DÍA 27 DE JUNIO ÚLTIMO. (De fotografía de Señán y González.)

Ante un numeroso y escogido concurso en el que estaban en mayoría las mujeres hermosas y elegantemente ataviadas, celebráronse el día 27 de junio último en el Palacio de Carlos V de la Alhambra los Juegos Florales de Granada. En ellos obtuvo la flor natural el poeta motrileño D. Gaspar Esteva Ravassa, el cual eligió reina á la bellísima señorita D.^a Matilde Campos, y

pronunciaron elocuentes discursos el presidente de la Sociedad Económica Sr. Villarreal, el notable jurisconsulto Sr. Garnier Colón y el mantenedor Sr. Sánchez Guerra. Coronó dignamente tan poética fiesta un hermoso himno cantado por las alumnas de la Sociedad Económica, acompañadas por la orquesta Bretón.

HARINA LACTEADA NESTLÉ

Contiene la mejor leche de vaca.

Alimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD

SOBERANO CONTRA CATARRO - ASMA - OPRESIÓN

30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.

Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE

Curadas por el Verdadero. Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de exito.

65 AÑOS DE ÉXITO

FUERA de CONCURSO PARIS 1900

GRAN PREMIO, Saint-Louis 1904

Alcohol de Menta de

RICQLÈS

(EL ÚNICO VERDADERO ALCOHOL de MENTA)

CALMA la SED, SANEA el AGUA

Contra el VÓMITO, Dolor de CABEZA, INDIGESTION

COLERINA

AGUA de TOCADOR y DENTÍFRICO exquisito

PRESERVATIVO contra las EPIDÉMIAS

Pedir el **RICQLÈS**

De venta en las PERFUMERIAS, FARMACIAS y DROGUERIAS.

Dentición

JARABE DELABARRE

Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOUZE-ALBESPEYRES, 76, Faub^s St-Denis, Paris, y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



SALTO DE UN CABALLO POR ENCIMA DE UNA MESA. Fotografía tomada en $\frac{1}{800}$ de segundo.

El caballo cuyo salto reproduce esta fotografía fué presentado junto con otro en un concurso militar recientemente celebrado en Inglaterra por el teniente y profesor de equitación del 17.º regimiento de húsares P. Thwaite. La fotografía hecha por los Sres. Lambert Weston en $\frac{1}{800}$ de segundo es un verdadero *tour de force*. La escena representada es una de las diversiones favoritas de los alumnos de la escuela francesa de caballería de Saumur, y por lo visto los ingleses se van aficionando también a ella.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

BOYVEAU-LAFFECTEUR
ROB
CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpès, etc.
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO.
Vendese en casa de J. FERRE, Farmaceutico,
SUCESOR DE BOYVEAU-LAFFECTEUR.
Calle Richelieu, 102, PARIS, y en todas Farmacias.

INFLUENZA ANEMIA RACHITIS CLOROSIS
★
VINO AROUD
+ +
CARNE - QUINA - HIERRO
El más poderoso Regenerador.

BORICINA
MEISSONNIER
REMEDIO SOBERANO
contra las Enfermedades de la PIEL
y de las MUCOSAS. higiene del
TOCADOR (Soins intimes)
EMPLEADA CON INMENSO ÉXITO
en los Hospitales de Paris.
Para evitar las Falsificaciones, exijase la
caja al lado, entera y sellada.
DEPOSITO: 17, Rue Cadet, Paris y principales Farmacias.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.

PILULES
de **BLANCARD**

APROBADAS
por la
Academia
de
MEDICINA

al IODURO de HIERRO
INALTERABLE

DESCONFIESE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & C^o, 40, R. Bonaparte, Paris.

Frasco 5 fr.
en Paris
PUREZA DEL CUTIS
- LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso.
CANDÈS etc.

AVISO A
LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS
JORET & HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPRESIONES DE LOS
MENSTRUOS
F^{ca} G. SEGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PAPÉL WLINSI Soberano remedio para rápida
curación de las *Afecciones del
pecho, Catarros, Mal de gur-
ganta, Bronquitis, Resfriados, Remadizos,* de los *Reumatismos,
Dolores, Lumbagos,* etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de
este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma **WLINSI**.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Seine.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos,* la
Clorosis, la *Anemia,* el *Apoca-
miento,* las *Enfermedades* del
HEMOSTÁTICA *pecho* y de los *Intestinos,* los
Espustos de sangre, los *Catarros,* la *Disenteria,* etc. Da nueva vida
á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN